
HARLEQUIN
Deseo
LOS ELLIOT
Mundos opuestos
Brenda Jackson

Desde el momento en que conoció a Tag Elliott, Renee Williams no pudo dejar de imaginar cómo sería sentir sus labios sobre la boca. No pensaba en otra cosa más que en sus besos y en dormitorios sin luz y llenos de promesas. Pero, como miembro de una de las familias más ricas de Manhattan, Tag estaba completamente fuera del alcance de una trabajadora social como ella. Además, por mucho que lo deseara, había algo que nunca cambiaría: eran de distinta raza.

Renee se permitió dar rienda a sus fantasías durante una sola noche, pero al llegar el día, Tag tuvo que admitir que una sola vez no le bastaba. Si él podía olvidarse del escándalo que iban a ocasionar, ¿por qué no podía hacerlo ella?

Brenda Jackson

Mundos opuestos

Los Elliot - 2

¿LE HAN ECHADO POR FIN EL LAZO A TEAGAN ELLIOTT?

Mientras su madre, Karen, se recupera de una operación en la finca familiar, Tag, el hijo menor de Michael Elliott, director de la revista Pulse, parece estar trabando algo más que amistad con la asistente social que atiende a su madre, Renee Williams.

Ya habían sido vistos paseando juntos por las galerías de arte de Greenwich Village, en una cafetería de Tribecca, y cenando a bordo del Harbor, el ferry—restaurante que recorre el río Hudson, pero anoche además se les vio en una actitud muy cariñosa en una fiesta benéfica a la que acudieron.

Tag, que está considerado como uno de los solteros de oro de la ciudad, no ha querido hacer ningún comentario al respecto. Según parece se siente más cómodo escribiendo noticias que cuando es su vida amorosa la que es noticia.

¿Qué dirá su abuelo Patrick, el patriarca de la familia, cuando regrese a la ciudad y se entere de los rumores que corren sobre su nieto? ¡No dejen de leernos!

Capítulo Uno

—Señorita Williams, está aquí el señor Teagan Elliott.

Renee Williams inspiró profundamente, se quitó las gafas que usaba para leer, y dejó a un lado el informe médico de Karen Elliott, preparándose mentalmente para lidiar con el hijo de aquella paciente.

Al enterarse de que a su madre le habían detectado un cáncer de mama se había ofrecido a ocuparse de los trámites para su operación, pero desde ese día no había hecho sino causar problemas al personal del hospital.

Apretó el botón del interfono en su teléfono, y le contestó a su secretaria:

—Hazlo pasar, Vicki.

Renee inspiró profundamente y se irguió en el asiento. Le daba igual que su familia fuese la dueña del grupo editorial Elliott Publication Holdings, uno de los más importantes del país. Su deber como asistente social en el hospital Manhattan University era asegurarse de que todos los pacientes recibieran un trato correcto, independientemente de su estatus social y económico, y aquel hombre no conseguiría favoritismos por mucho dinero e influencias que tuviera su familia.

Cuando la puerta se abrió se puso de pie, obligándose a esbozar una sonrisa, y tuvo que admitir para sus adentros que era un hombre muy atractivo. Tenía unos ojos expresivos, facciones casi simétricas, nariz recta, y una barbilla tan perfecta que parecía esculpida.

Renee salió de detrás de su escritorio para tenderle la mano. Él la estrechó con firmeza y la saludó con un breve asentimiento de

cabeza.

—¿Le parece que nos sentemos y charlemos, señor Elliott?

Teagan Elliott frunció el ceño.

—No, no quiero sentarme a charlar con usted de nada. Lo único que quiero es que me diga qué van a hacer por mi madre.

Renee enarcó una ceja, pero no apartó la mirada. De modo que pretendía ponerle las cosas difíciles… Pues pronto descubriría que se había encontrado con la horma de su zapato.

—Muy bien; no se siente si no quiere —le dijo cruzándose de brazos—, pero yo he tenido un día largo y cansado y no tengo intención de quedarme de pie pudiendo sentarme.

Si no hubiera sido por la seriedad de la situación la expresión airada en el rostro de él le habría hecho sonreír. Era evidente que no estaba acostumbrado a que le llevasen la contraria.

—Respecto a su madre… —le dijo—. Su intervención quirúrgica tendrá lugar el día…

—Creo que le debo una disculpa.

Renee alzó la vista y lo miró, sorprendiéndose al ver que ya no había hostilidad en los ojos azules de Teagan Elliott y que a sus labios había aflorado una sonrisa.

—Me he comportado con usted de un modo grosero y arrogante, y no quiero que se lleve una impresión tan horrible de mí. Por lo general soy una persona bastante razonable. Lo que ocurre es que me cuesta aceptar lo que le está pasando a mi madre. Sólo quiero asegurarme de que se haga todo lo posible por ayudarla —le dijo, antes de tomar asiento en una de las sillas frente a su escritorio.

—Ésa es mi misión, señor Elliott —le respondió Renee—. Mi trabajo consiste en dar apoyo psicológico no sólo a su madre, sino a todos aquellos pacientes que puedan necesitarlo.

Teagan asintió.

—¿Ha venido mi madre ya a verla?

—Sí, nuestra primera cita fue hace unos días. Me pareció una gran mujer.

Teagan sonrió con afecto.

—Lo es.

Karen Elliott le había contado que tenía tres hijos y una hija, y también que Teagan, que era el menor de los varones con veintinueve años, trabajaba en la revista de actualidad que dirigía

su padre, Michael. Por cómo le había hablado de ellos daba la impresión de que estaban muy unidos.

—Ahora que el médico ha emitido su diagnóstico y su madre ha decidido someterse a una operación para extirpar el tumor, lo que más necesita en estos momentos es su apoyo y su comprensión, señor Elliott, tener a su padre, a sus hermanos, y a usted a su lado —le dijo Renee—. Comprendo que les cueste entender que haya optado por una mastectomía doble cuando el tumor sólo se le ha detectado en una de las mamas. Ella quiere que le quiten las dos como precaución. Es su decisión y como tal deberían respetarla.

—Lo entiendo.

Renee se quedó callada un momento antes de continuar.

—Pero será cuando la hayan operado y comience las sesiones de quimioterapia cuando su madre verdaderamente los necesitará a su lado. No hay indicios de que el cáncer se haya extendido a los nódulos linfáticos, pero el médico le ha recomendado la quimioterapia como medida de prevención. No queremos mostrarnos demasiado optimistas ya que aún es pronto para saber cómo evolucionará, pero el cáncer se le ha detectado en una fase muy temprana y es muy probable que su madre lo supere.

—¿Y ha fijado ya el médico la fecha para la operación?

Renee asintió.

—El martes próximo.

Teagan se pasó una mano por el cabello y se puso de pie.

—Le agradezco de verdad que me haya recibido, y le pido disculpas de nuevo por mi comportamiento.

Renee se levantó también y sonrió.

—Está perdonado. Sé que la burocracia de los hospitales es algo muy difícil de sobrellevar cuando el enfermo es un ser querido y que eso puede hacerle perder a uno los estribos.

Teagan se rió suavemente.

—Bueno, me temo que a ese respecto tengo poca disculpa. Antes le he dicho que suelo ser bastante razonable, pero no que fuera paciente.

Renee sonrió divertida. Tampoco le había dicho nadie que fuera a resultar tan guapo, pero no había más que verlo. Con esos ojos azules, esa sonrisa, y esa complexión esbelta y atlética… Renee se preguntó si nadie le habría dicho nunca que se parecía a Pierce

Brosnan de joven.

Sí, decididamente era un hombre muy atractivo, pero era el hijo de una paciente, y los hombres como él no salían con mujeres de otra clase social. Y eso sin tener en cuenta que él era blanco y ella negra.

—Tenga, le daré mi número directo por si usted o cualquiera de los miembros de su familia necesitan hablar conmigo para consultarme algo respecto a su madre —le dijo tendiéndole una tarjeta de visita—. No duden en llamarme.

Teagan tomó la tarjeta y la guardó en el bolsillo de su chaqueta, y tras agradecerle de nuevo que lo hubiera recibido salió del despacho.

Teagan, a quien su familia y amigos llamaban Tag, entró en el ascensor y exhaló un suspiro. No alcanzaba a entender qué le había ocurrido dentro del despacho de la asistente social. Renee Williams lo había cautivado. No podía negarse que era una auténtica belleza: esa piel de color tostado, el largo cabello negro que le caía sobre los hombros en suaves ondas, esos hermosos ojos castaños de espesas pestañas…

Pero no era sólo su atractivo físico lo que lo había embelesado, sino también su encanto personal, su inteligencia… y su carácter. Una sonrisa afloró a sus labios al recordar la contestación que le había dado cuando en un principio se había negado a sentarse.

Daría lo que fuera por poder conocerla más a fondo, pero no estaba en el mejor momento para iniciar una relación. Desde que le diagnosticaran el cáncer a su madre, su padre había decidido, y era algo que lo honraba, que pasar el mayor tiempo posible con ella era mucho más importante que el trabajo, y su hermano Gannon y él estaban teniendo que echar más horas en la oficina. Y luego estaba ese condenado desafío que había lanzado su abuelo, Patrick Elliott, el día de Nochevieja, haciendo saltar la chispa de la rivalidad entre las cuatro principales revistas de EPH, la empresa familiar.

Al frente de *Pulse*, una revista de actualidad, estaba Michael, el padre de Tag; *Snap*, que ofrecía noticias y entrevistas con diversos personajes famosos, la dirigía su tío Daniel; *Buzz*, una revista del mundo del corazón estaba capitaneada por su tío Shane; y finalmente estaba *Charisma*, una publicación sobre moda de la que era directora su tía Finola.

El mes anterior su abuelo Patrick, que era el presidente de la compañía, había anunciado su intención de jubilarse y pasar el testigo a uno de sus hijos, pero en lugar de designar él mismo quién le sucedería en el puesto, había propuesto que aquél cuya revista tuviese mejores ventas a lo largo del año en curso sería el elegido.

El ascensor había llegado a su destino, y con un nuevo suspiro Tag se bajó. No, no era un buen momento en absoluto para iniciar una relación, pero para sus adentros se dijo que no le importaría volver a ver a aquella asistente social.

—Y en resumidas cuentas eso es lo que dijo la asistente social —concluyó Tag, dejando su copa sobre la mesa para alzar luego la vista hacia sus hermanos.

Habían quedado los cuatro en un restaurante de Manhattan, no muy lejos de las oficinas de EPH, para cenar y hablar de su visita al hospital. Gannon, de treinta y tres años, era el segundo en el escalafón en *Pulse*, después de su padre; Liam, de treinta y uno, trabajaba en el departamento financiero de la compañía, y Bridget, de veintiocho, era editora fotográfica de *Charisma*.

—Pero… ¿tú crees que debemos fiarnos de su criterio? —inquirió ésta con expresión preocupada—. Las decisiones que mamá está tomando parecen tan impropias de ella… No sé, me parece que está llevando las cosas al extremo.

Tag se encogió de hombros.

—Yo tenía la misma impresión, pero como la asistente social me ha recordado tenemos que respetar lo que ella ha decidido y darle todo nuestro cariño y nuestro apoyo.

Una camarera sé acercó en ese momento para llevarles la carta y, cuando se hubo retirado, Tag se volvió hacia el mayor de sus hermanos, Gannon, que se había comprometido recientemente con Erika Layven, que además de ser miembro de la redacción de *Pulse* era una chica encantadora.

—¿Cómo lo lleva papá? —le preguntó.

—Bien. Hoy canceló una reunión importante con uno de nuestros distribuidores para acompañar a mamá a Siracusa. Me dijo que iban a visitar uno de los centros de beneficencia con los que colabora mamá.

—Cuesta creer que esté dejando de lado el trabajo para dedicarse a ella por entero —comentó Liam.

Todos sabían que su padre era un adicto al trabajo, pero también lo sólido que era el amor que se profesaban sus padres.

—Eso demuestra lo mucho que mamá significa para él—dijo Bridget con una sonrisa—. Bueno, ¿y qué puedes decirnos de la asistente social? —le preguntó a Tag.

Éste se echó hacia atrás en su asiento y esbozó una sonrisa.

—Se llama Renee Williams y es afroamericana. Debe tener tu edad, es muy profesional, paciente, comprensiva… y también muy guapa.

En cuanto esas últimas palabras hubieron abandonado sus labios Tag supo que había cometido un error al pronunciarlas porque de inmediato atrajeron la atención de sus hermanos.

Gannon enarcó una ceja divertido.

—Aja, así que incluso te dio tiempo a fijarte en eso.

Bridget reprimió una sonrisilla y Liam se rió.

Tag se notó enrojecer.

—¿Qué pasa?, ¿es que hay algo de malo en fijarse en que una mujer es atractiva? Era sólo un comentario.

Gannon sonrió malicioso.

—Si tú lo dices…

Capítulo Dos

—¿Señorita Williams? Qué sorpresa tan agradable.

Renee levantó la vista de la novela que estaba leyendo y sus ojos se encontraron con los ojos azules de Teagan Elliott.

—Señor Elliott… ¿Cómo está? —lo saludó esbozando una sonrisa y ajustándose las gafas de leer—. ¿Y cómo está su madre?

Renee lo vio apretar los labios y sus ojos se ensombrecieron de preocupación.

—La verdad es que está muy apagada, y no quiere hablar de la operación con ninguno de nosotros; ni siquiera con nuestro padre.

Renee asintió en silencio.

—Bueno, su actitud es comprensible teniendo en cuenta por lo que está pasando; tienen que darle tiempo.

Tag suspiró y sacudió la cabeza.

—Sé que tiene razón, pero aun así no puedo evitar preocuparme por ella.

Renee esbozó una sonrisa.

—Eso también es comprensible, pero tiene que tener fe; tiene que intentar confiar en que todo va a salir bien.

Él no pudo sino devolverle la sonrisa. Renee parecía tener una habilidad especial para tranquilizar a los demás, y sin duda sería una influencia beneficiosa para su madre en el trance por el que estaba pasando.

—No esperaba encontrarla aquí, en Greenwich Village. ¿Vive por esta zona? —le preguntó curioso.

A Tag le gustaba el arte, y en Greenwich Village no sólo estaban algunas de las más prestigiosas galerías de arte, sino que además los fines de semana se congregaban allí un buen número de artistas que colocaban sus caballetes en la calle y se ponían a pintar.

Él había estado paseando por allí cuando a través del ventanal de una cafetería había visto a Renee y había decidido entrar a saludarla.

El día que había ido al hospital para hablar con ella la había visto como a una mujer hermosa, sí, pero también como a la asistente social que era, una mujer atenta, y profesional. En aquella mañana de sábado, sin embargo, sentada en esa pequeña cafetería con una sencilla falda de lana y un suéter azul, le pareció aún más encantadora y más hermosa.

—No, vivo en Morningside Heights. Había quedado aquí con alguien, y aunque me ha llamado hace un rato para decirme que no iba a poder venir he decidido sentarme a tomar un café y leer un poco ya que estaba aquí.

—Ya veo.

Tag no pudo evitar preguntarse si esa persona con la que había quedado sería un hombre, y se irritó consigo mismo al sentir una punzada de celos.

—Bueno, la dejaré que siga con su lectura; no era mi intención interrumpirla.

Renee ladeó la cabeza, y cuando se humedeció los labios con la lengua los ojos de Tag se vieron atraídos hacia su boca como si ésta fuera un imán.

—No ha interrumpido nada. De hecho, me alegra que haya entrado a saludarme —le dijo riéndose suavemente.

Tag esbozó una sonrisa vacilante.

—En ese caso… ¿le importa que me siente?

Por su expresión de sorpresa era obvio que no había esperado aquella pregunta, pero rápidamente se repuso y le contestó:

—No, por supuesto que no.

Tan pronto como se hubo sentado se acercó un camarero.

—¿Le sirvo algo, señor Elliott?

—Lo de siempre; gracias, Maurice —le respondió Tag.

El hombre asintió y, cuando se hubo alejado hacia la barra, Tag vio que Renee estaba mirándolo con curiosidad.

—¿Ocurre algo, señorita Williams?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—No, es sólo que… bueno, por lo que veo debe venir usted mucho por aquí.

Tag sonrió también.

—Así es. Tengo un apartamento en Tribecca y vengo a menudo; casi siempre los sábados por la mañana, como hoy. Me apasiona el arte, y no hay nada como ver a un artista trabajando.

—A mí también me gusta el arte —le confesó ella—. Incluso alguna que otra vez pinto algo.

—¿En serio?

Renee se rió.

—Sí, en serio. Soy autodidacta, pero no se me da mal. Creo que debí heredarlo de mi madre. Estudió Bellas Artes en la universidad y daba clases de dibujo en un instituto de Ohio.

—¿Ohio? ¿Es usted de allí?

—Sí. Allí nací, allí fui al colegio… incluso fui a la universidad allí.

Tag se echó hacia atrás en su asiento.

—¿Y qué la trajo a Nueva York?

Renee dejó escapar un suspiro. No quería pensar en Dionne Moore, el hombre que le había roto el corazón. Después de licenciarse había aceptado un puesto en un hospital en Atlanta donde Dionne trabajaba como cardiólogo.

Ella había pensado que tenían una relación sólida y especial… hasta que había descubierto que Dionne estaba engañándola con una enfermera.

Lo peor era que mientras que ella ni siquiera lo había sospechado, varios médicos, amigos de Dionne, sí habían estado al tanto de su infidelidad, y habían hecho apuestas sobre cuándo se enteraría ella.

Cuando se enteró comprendió el porqué de las miradas y los cuchicheos a sus espaldas que había estado notando durante semanas. Rompió con Dionne, por supuesto, pero incapaz de soportar la vergüenza y el haberse convertido en el tema de conversación y en objeto de lástima, cuando Debbie Massey, la que había sido su mejor amiga en la universidad, le habló de un posible trabajo en el hospital Manhattan University, no se lo había pensado dos veces antes de mandar su currículum.

De eso hacía ya casi dos años, y desde entonces no había vuelto a salir con nadie.

—Recibí una oferta de trabajo que no podía rechazar y no me

arrepiento de haberla aceptado —respondió finalmente—. Me encanta Nueva York.

En ese momento los interrumpió el camarero, que llevaba un botellín de cerveza para Tag. Cuando se hubo retirado, éste tomó un trago y después de dejar el botellín sobre la mesa le preguntó a Renee.

—Y dígame, señorita Williams…

—Preferiría que me llamará Renee.

—De acuerdo, Renee… siempre y cuando nos hablemos de tú y me llames Tag, como mi familia y mis amigos.

—Está bien… Tag —contestó ella con una sonrisa.

Él bajó la vista a su taza vacía.

—¿Te apetece otro café?

—No, gracias.

—Siento que te hayan dejado plantada.

Renee se rió.

—¿Plantada? Oh, no, no se trataba de una cita. Había quedado con Debbie, una amiga. Según me ha dicho cuando iba a salir la han llamado de la oficina y ya sabes, el deber es el deber. Trabaja para la revista *Time*.

Tag hizo una mueca.

—Así que trabaja para el enemigo… —murmuró—. *Time* es el competidor más fuerte que tiene *Pulse*, la revista que dirige mi padre, y en la que yo trabajo, por cierto.

Renee volvió a reírse.

—Sí, eso he oído.

—Pero nosotros somos mejores.

Ella se echó hacia atrás en el asiento y se rió de nuevo.

—No sé por qué imaginaba que dirías eso.

Tag tomó otro trago de cerveza. Le gustaba esa risa argentina que tenía Renee. No recordaba cuánto tiempo hacía de la última vez que se había permitido relajarse, como estaba haciendo en ese momento, especialmente desde el desafío que había lanzado su abuelo en Nochevieja.

Sin embargo, por una vez su mente estaba ocupada con pensamientos que no tenían nada que ver con el trabajo, sino con una mujer, con aquella mujer. Y si tenía ese efecto sobre él sólo porque estaban sentados juntos en una cafetería, no quería ni

imaginar qué pasaría si la tocara, o si la besara, o mejor aún, si hiciesen el amor.

—¿Te apetecería venir conmigo a ver galerías de arte? Tengo pase para unas cuantas exposiciones privadas.

Renee vaciló. Lo cierto era que le encanaría, pero… Bueno, ¿y por qué no?, se dijo. Probablemente Tag sólo pretendía ser amable porque su madre era una paciente del hospital, y no podía haber nada de malo en que fuesen a dos o tres exposiciones de arte juntos.

—¿Seguro que no te importa que te acompañe? —le preguntó.

—No, claro que no; es más, me gustaría pasar más tiempo contigo.

Renee se humedeció los labios.

—¿Por qué?

En un intento por mantener la vista apartada de su tentadora boca, Tag la miró a los ojos.

—Porque últimamente he estado demasiado centrado en el trabajo y ésta es la primera oportunidad que tengo de relajarme y desconectar un poco. Por eso… y porque disfruto mucho con tu compañía.

Una sonrisa afloró a los labios de ella.

—Gracias, Tag; yo también disfruto con tu compañía.

—¡Oh, fíjate, Tag! ¿No es lo más bonito que has visto en tu vida?

Tag miró el cuadro que Renee estaba señalándole y tuvo que admitir que verdaderamente era una pintura muy hermosa.

—Sí, sí que lo es —respondió. Tomó la etiqueta que tenía colgado el marco con el precio, y añadió—. Teniendo en cuenta que es un Malone y que su obra está consiguiendo al fin reconocimiento el precio no está mal. Yo tuve la suerte de comprar algunos de sus primeros cuadros en una exposición como ésta cuando estaba empezando.

Parecía que Tag y ella tenían un gusto artístico similar, pensó Renee. La diferencia estaba en que él podía gastarse el dinero en lujos como aquél cuando ella tenía que ahorrarlo para poder llegar a fin de mes.

Sin embargo en ese momento la diferencia en el poder adquisitivo de ambos no era la única que ocupaba su mente. También estaba la diferencia en el color de su piel. Aunque Nueva York era una de las ciudades con mayor diversidad étnica entre sus

habitantes, eso no significaba que los prejuicios de algunas personas hubiesen desaparecido. En más de una ocasión había sentido la mirada a veces curiosa y otras desaprobadora de algunas de las personas con las que se habían cruzado mientras caminaban. Era imposible que Tag no lo hubiera notado también, pero parecía que no le molestaba que la gente estuviese asumiendo erróneamente que eran pareja.

—Ya son las cinco y media —dijo de pronto mirando su reloj de pulsera—; ¿te apetece que vayamos a cenar antes de que te lleve a casa?

Renee lo miró. Antes le había preguntado cómo había ido hasta Greenwich Village, y cuando ella le había contestado que en metro, Tag se había ofrecido a llevarla de vuelta a casa en su coche, diciéndole que lo tenía aparcado cerca de allí. Renee se lo había agradecido, pero había replicado que no era necesario. Pasar una mañana de sábado con él era una cosa, pero que la llevase a casa cuando ni siquiera le pillaba de camino era otra muy distinta.

—Tag, de verdad que te lo agradezco, pero no hace falta. Estoy acostumbrada a ir en metro.

—Y yo te repito que no es molestia en absoluto; no tengo otra cosa que hacer. Además para cuando acabemos de cenar ya habrá empezado a oscurecer.

Renee sacudió la cabeza con una sonrisa.

—¿Y cuándo he dicho que aceptara tu invitación, si se puede saber?

Tag sonrió de un modo travieso.

—Ya lo creo que lo has hecho.

Ella enarcó una ceja.

—¿Ah, sí? No lo recuerdo.

—Pues ten cuidado, eso puede ser un signo de demencia senil.

Renee se rió.

—¿Demencia senil? Sólo tengo veintiocho años —protestó divertida.

—Y yo veintinueve, pero…

—¡Eh, Tag!

Los dos se detuvieron al oír aquella voz, y al volverse Renee vio a un hombre, más o menos de la edad de Tag, acercarse corriendo a ellos.

—¿Cómo te va la vida? —lo saludó el tipo, estrechándole la mano cuando llegó a su lado—. Hace siglos que no vienes por el club.

—La culpa la tiene el trabajo; siempre ando muy ocupado —respondió Tag antes de volverse hacia Renee—. Renee, deja que te presente a Thomas Bonner; estudiamos juntos en la universidad. Thomas, ella es Renee Williams.

Renee le tendió la mano al hombre, que esbozó una sonrisa forzada antes de estrechársela sin mucha cordialidad.

—Encantada —murmuró a pesar de todo.

—Eh… sí, igualmente —contestó el tipo. Y entonces, ignorándola como si fuese un insecto, se volvió hacia Tag y le dijo —: Habrás estado ocupado, pero por lo que veo no te falta tiempo para buscarte entretenimientos… con un toque de color.

Renee sintió una punzada de humillación. Era evidente que aquel hombre pensaba que no era la clase de mujer con la que alguien como Tag debía ser visto en público y que no podía ser otra cosa para él más que una distracción. Sin embargo, inspiró profundamente y controló la ira que estaba apoderándose de ella. No valía la pena.

Tag, en cambio, no se mordió la lengua. Le rodeó la cintura con el brazo y, tras atraerla hacia sí, le contestó en un tono gélido:

—Te equivocas; cuando un hombre conoce a una mujer tan hermosa y encantadora, tiene que ser muy idiota como para querer tenerla a su lado sólo por pasar el rato.

Su respuesta dejó al hombre sin palabras.

—Um… Ya. Bueno, tengo que irme; da recuerdos a tus padres y a tus hermanos de mi parte —dijo atolondradamente.

Luego se alejó, y no volvió ni una sola vez la vista atrás.

Renee no quería ni imaginarse los rumores que irían de boca en boca al día siguiente en el círculo social de Tag cuando aquel hombre contase que los había visto juntos. Quizá Tag pudiese sobrellevar un escándalo, pero ella no. Ya le había ocurrido una vez y no quería volver a pasar por eso.

—¿Por qué le has dado a entender que hay algo entre nosotros? —le preguntó alzando la vista hacia él.

Las comisuras de los labios de Tag se arquearon en una sonrisa traviesa.

—¿Te molesta que lo haya hecho?

Renee se encogió de hombros.

—La cuestión es que no tenías por qué hacerlo. A la gente como él lo mejor es ignorarla. No es la primera persona con prejuicios con la que me he topado, y probablemente no será la última.

—Pues perdona, pero la gente prejuiciosa es algo que yo no puedo tolerar.

Echaron a andar de nuevo y durante un trecho ninguno pronunció palabra.

—Antes, cuándo te he preguntado por qué lo has hecho, no me has respondido —le dijo Renee al cabo de un rato, alzando la vista hacia él.

Tag suspiró. Sencillamente había sido incapaz de tolerar que Thomas insinuara que sus intenciones hacia ella eran tan poco honorables.

—Thomas iba a pensar lo que quisiese de todos modos —respondió.

—Pero… ¿no te molesta que piense que pueda haber algo entre nosotros?

—No, aunque me da la impresión de que a ti sí. Hace ya mucho tiempo que aprendí a no preocuparme por lo que pensasen los demás.

Renee se detuvo y lo asió del brazo para hacer que Tag se parara también.

—Y probablemente ésa es una de las muchas diferencias en el modo en que nos han educado —le dijo—. Quizá tú puedas ignorar los prejuicios de la gente, pero para mí es distinto.

—¿Por qué?

Renee puso los ojos en blanco. ¿Acaso necesitaba que se lo escribiera?

—Pues porque tú eres blanco y yo negra, Tag.

Él sonrió y la miró con los ojos muy abiertos, como si acabase de decirle algo escandaloso a lo que no podía dar crédito.

Luego tomó su mano en la suya y levantó ambas para mostrarle el evidente contraste en el color de su piel.

—¿No me digas?; no me había dado cuenta.

Renee no pudo evitar echarse a reír.

—Venga, Tag, estamos hablando en serio.

—Estoy hablando en serio. A mí no me importa el color de tu piel; lo único que cuenta para mí es que me gustas y que disfruto estando contigo. Nunca me había sentido tan a gusto con nadie, y no voy a dejar que los prejuicios de unos pocos rijan mi vida. Además, durante toda mi vida he tenido que luchar contra las ideas preconcebidas que la gente tiene de mí. Se creen que sólo porque mi apellido sea Elliott he tenido las cosas más fáciles.

La verdad era que ella también lo pensaba, admitió Renee para sus adentros, sintiéndose algo avergonzada.

—¿Y no ha sido así?

—Ni mucho menos —le dijo él mientras comenzaban a andar de nuevo—. Cuando tienes por abuelo a un hombre como Patrick Elliott las cosas nunca son fáciles.

Tag le señaló un restaurante que había unos metros más adelante, y cuando hubieron entrado y se hubieron sentado, Renee le pidió que le hablara de su abuelo.

Tag esperó a que se retirara la camarera que había ido a llevarles la carta y preguntarles qué iban a tomar de beber, y cuando ésta se hubo alejado se encogió de hombros.

—Es un hombre muy exigente; con los demás y consigo mismo. Sus padres eran inmigrantes irlandeses, gente pobre, y comenzó a trabajar con apenas quince años para poder costearse los estudios. Uno de los primeros empleos que tuvo fue en un periódico. Allí fue escalando puestos, y ese mundo lo sedujo de tal modo que con el tiempo acabó fundando su propio grupo empresarial.

La camarera llegó en ese momento con sus bebidas, y después de tomar nota de lo que iban a tomar los dejó a solas de nuevo.

—Durante unas vacaciones que estuvo en Irlanda visitando a la familia conoció a una joven costurera llamada Maeve O'Grady, mi abuela, se enamoraron, se casaron, y tuvieron varios hijos —continuó Tag—. Están muy unidos, pero mi abuelo, quizá por el miedo a la pobreza que marcó su infancia, se ha volcado siempre más en sus negocios que en la familia.

—Ya veo —murmuró Renee.

—Todos sus hijos trabajan en la empresa familiar, Elliott Publication Holdings, o EPH para abreviar, y él es quien gobierna el navío. Es muy estricto, y siempre ha insistido en que tanto sus hijos como sus nietos teníamos que trabajar tanto como cualquier otro

empleado para ascender en la compañía; sin excepciones.

Renee tomó un sorbo de agua antes de preguntarle:

—¿Y a qué edad comenzaste a trabajar tú en la empresa?

—A los dieciséis. Empecé con un puesto de administrativo, clasificando el correo y cosas así, sin recibir trato especial alguno porque mi apellido fuera Elliott. Luego entré en la facultad de periodismo, me licencié, y de ser redactor fui ascendiendo hasta el puesto que ocupo ahora.

Renee sonrió. Le gustaba que no hubiese tenido privilegios por ser un Elliott, que hubiese tenido que esforzarse. Verdaderamente había estado muy equivocada respecto a él.

Capítulo Tres

—Lo que te dije antes lo decía en serio, Tag: no hace falta que me lleves a casa —le repitió Renee cuando salieron del restaurante.

Tag la miró.

—¿No me dijiste que mi madre ya había ido a verte?

Renee frunció el entrecejo.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Tiene que ver con que quizá con haberla visto una o dos veces todavía no te hayas dado cuenta de cierto rasgo del carácter de mi madre que todos sus hijos, yo incluido, hemos heredado.

Curiosa, Renee no pudo sino preguntar:

—¿Cuál?

—La cabezonería.

Renee se rió.

—Ya. ¿Y si yo te dijera que probablemente puedo llegar a ser tan cabezota como tú?

Una sonrisa lobuna se dibujó en los labios de Tag.

—Diría que una confrontación entre nosotros sería cuando menos interesante.

Renee sonrió también y sacudió la cabeza.

—Eres imposible, Teagan Elliott. Pero está bien; tú ganas.

—Gracias. ¿No creerías que el caballero que hay en mí habría sido capaz de dejar que deambularas sola por las calles de Nueva York cuando ya ha oscurecido?

—No veo por qué no. Lo hago a diario. Además iba a volver en metro; eso no es deambular por las calles.

Tag la condujo al lugar donde había dejado aparcado su coche, y tras un breve trayecto, durante el cual siguieron charlando sobre su abuelo y EPH, llegaron a su destino.

—Ese es mi bloque —le dijo ella señalándole el bloque de pisos en el que vivía.

Cuando Tag paró el vehículo frente al edificio y Renee lo vio desabrocharse el cinturón de seguridad, se apresuró a decirle que no hacía falta que la acompañase hasta la puerta. Tag se preguntó si no sería que la incomodaba la idea de que la vieran con él.

—Lo siento —dijo inclinándose hacia ella para acariciarle la mejilla—, pero no habré cumplido con mi deber de caballero hasta que no te haya llevado al portal y vea que entras en el bloque.

—Gracias. Era sólo que no quería que te molestaras —murmuró ella con una sonrisa tímida.

Tag se sintió aliviado, pero no le pasó desapercibido que parecía nerviosa. ¿Quizá la preocupara que intentase darle un beso de despedida? ¿Y si lo hiciera? ¿Le respondería? Sólo había un modo de averiguarlo,

Renee observó a Tag mientras rodeaba el vehículo para ir a abrirle la puerta, y pensó en lo distinto que era de Dionne. No sólo por el color de su piel; eso era evidente; sino por el modo en que la trataba. Dionne únicamente la había acompañado a la puerta cuando había albergado la esperanza de que le dejara pasar la noche con ella.

—Gracias —le dijo a Tag cuando le abrió la portezuela del coche y le ofreció su mano para ayudarla a bajar.

El corazón de Renee palpitó con fuerza cuando sus manos se tocaron, y no pudo evitar preguntarse si a él le habría pasado también.

Tag no soltó su mano hasta que llegaron al portal, y cuando se quedó a un lado mientras abría la puerta, Renee se preguntó si estaría esperando que lo invitase a pasar.

No, estaba siendo ridícula. Habían pasado un día muy agradable juntos, pero en ningún momento había intentado flirtear con ella. ¿Por qué entonces estaba latiéndole el corazón como un loco en ese momento? ¿Y por qué estaba sintiéndose acalorada por el modo en que estaba mirándola?

Se aclaró la garganta y, volviéndose hacia él, le dijo:

—Gracias otra vez, Tag; lo he pasado muy bien.

—Yo también —respondió él—. Tápate bien esta noche; han dicho que bajarían las temperaturas.

—Lo haré.

En ese momento Renee recordó que el último hombre que había compartido su cama y con el que había salido había sido Dionne. Tras mudarse a Nueva York se había centrado en el trabajo. Durante ese tiempo se había dicho que aún era joven, que tenía mucho tiempo por delante para encontrar a ese príncipe azul con el que todas las mujeres soñaban, pero el estar allí de pie en ese momento con Tag la estaba haciendo sentirse…

—¿Querrás cenar conmigo mañana por la noche?

Renee parpadeó y tragó saliva.

—¿Cenar?

—Sí, eso he dicho; mañana por la noche.

Renee inspiró nerviosa, preguntándose qué debería contestarle. Siendo sincera consigo misma la verdad era que probablemente no hubiera dudado si Tag hubiese sido negro, pero no lo era, era blanco. Además, aparte de eso también estaba el hecho de que pertenecían a círculos sociales totalmente distintos. Las oficinas de EPH ocupaban un edificio entero en Manhattan, y Tag tenía un apartamento en Tribecca, una zona conocida por lo caro que era el precio de las viviendas, por sus tranquilas calles, y por sus elitistas colegios privados.

—Quizá deberíamos continuar esta conversación dentro —le dijo Tag, sacándola de sus pensamientos—. Estamos atrayendo la atención de tus vecinos.

Renee levantó la cabeza y vio que había un par de personas asomadas a sus ventanas.

—Sí, tienes razón —murmuró.

Subieron a su apartamento, y cuando hubieron entrado Renee se esforzó por mantener la calma aunque se sentía como una adolescente en su primera cita.

—¿Te apetece algo de beber?

Tag apoyó la espalda en la puerta y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—No, gracias; pero aún estoy esperando una respuesta.

Nerviosa, Renee se humedeció los labios.

—No hagas eso, por favor.

—¿El qué?

—Pasarte la lengua por los labios como acabas de hacer ahora

—murmuró Tag con voz ronca—. Ya lo has hecho varias veces, y cada vez he tenido que contenerme para no besarte, porque estoy deseando hacerlo.

Renee sintió un repentino calor en las mejillas y el corazón comenzó a latirle con fuerza. En realidad era un tic que no podía evitar cuando estaba nerviosa, y sin darse cuenta volvió a hacerlo.

—Yo no… no era mi intención —balbució azorada al ver que lo había hecho de nuevo.

—Demasiado tarde —murmuró él apartándose de la puerta y acercándose a ella—; ya lo has hecho.

Cuando llegó frente a ella se detuvo, y la miró de un modo tan intenso que Renee se estremeció por dentro.

—Sé que esto es una locura —susurró Tag—, pero me muero por besarte.

Sí, era una locura, se dijo Renee para sus adentros… sobre todo porque ella también se moría por que la besara.

Tag la asió por los hombros, y cuando inclinó la cabeza hacia ella Renee cerró los ojos y dejó de pensar. Sus cálidos labios se posaron en los suyos, y lo que comenzó como un beso tierno pronto se fue volviendo más y más apasionado.

A Renee estaba empezando a faltarle el aliento, pero no quería que aquel momento acabara nunca. Jamás la habían besado así. Tag estaba elevando el beso a la categoría de arte. Se notaba las piernas temblorosas, y sin que fuera siquiera consciente de ello, de su garganta escapó un gemido.

Cuando finalmente Tag despegó sus labios de los de ella, la intensa mirada de sus ojos azules hizo que a Renee le latiese aún más deprisa el corazón.

—Éste ha sido mi primer beso —le dijo en un tono quedo.

Renee no podía aparta su mirada de la de él; se sentía como hipnotizada.

—¿Tu primer beso? —inquirió también en un susurro.

—Mi primer beso de verdad —respondió Tag como maravillado —. Ha sido algo mucho más profundo y más hermoso que cualquier beso que haya compartido con otra mujer.

Renee se sintió conmovida por sus palabras.

Tag puso una mano debajo de su barbilla y la miró a los ojos.

—Eres sencillamente preciosa, —murmuró antes de inclinar la

cabeza de nuevo y tomar otra vez sus labios en un suave beso—. ¿Vendrás a cenar conmigo mañana por la noche, Renee?

Ella dejó escapar un suspiro.

—No creo que sea una buena idea.

Tag enarcó una ceja.

—¿Por qué no?

Renee volvió a suspirar. Parecía que estaba empeñado en hacer aquello más difícil de lo que ya era.

—Pues… pues porque tu madre es mi paciente y no deberíamos salir juntos.

No era el verdadero motivo, pero tampoco era mentira.

Tag abrió la boca para decirle que porque fuera a cenar con él no estarían saliendo juntos, pero lo cierto era que no podía engañarse. Si fueran a cenar juntos querría volver a besarla cuando la llevara de regreso a casa, y si la besara otra vez probablemente acabaría queriendo mucho más.

—¿Durante cuánto tiempo seguirá siendo paciente tuya? —inquirió.

Renee se encogió de hombros.

—Oficialmente hasta que le den el alta tras la operación, pero seguiré a su disposición durante el tiempo que esté con el tratamiento de quimioterapia por si me necesitara.

Tag asintió con la cabeza.

—Y esa norma de que no puedes salir con pacientes… ¿es tuya, o es del hospital?

Renee tragó saliva. Los ojos de Tag estaban fijos en su boca, y cuando sin darse cuenta se lamió los labios esos ojos azules se oscurecieron de deseo.

—Es mía, y creo que es lo mejor.

—¿Eso crees? —murmuró él con una sonrisa sensual y desafiante—. En ese caso supongo que tendré que demostrarte que estás equivocada.

Puso las manos en su cintura, la atrajo hacia sí, y le susurró al oído:

—Que descanses, Renee; sueña conmigo.

Luego dio un paso atrás sin apartar sus ojos de los de ella, retrocedió de espaldas hasta la puerta, y se marchó.

—Bueno, ¿y cómo va tu fin de semana, Tag?

Tag dejó su copa de vino sobre la mesita situada frente al sofá y alzó la vista hacia su hermano Liam, que había pasado por su casa para hacerle una visita. Tag dudaba que le interesase realmente cómo había pasado el sábado, pero aun así respondió.

—No va mal; hoy decidí tomarme el día para descansar y fui a Greenwich Village a ver unas cuantas exposiciones.

Liam se pasó una mano por el rostro. Estaba cansado, frustrado, y agobiado.

—Menos mal que hay alguien en la familia capaz de dejar a un lado el trabajo y desconectar.

—Tú también podrías hacerlo —le dijo Tag echándose hacia atrás y apoyando el brazo en el respaldo del sofá—. El que te relajes un poco no hará que la compañía se vaya a la quiebra, Liam. Además, te mereces un descanso.

Su hermano exhaló un pesado suspiro.

—Y hablando de ir a la quiebra… —murmuró después de tomar un sorbo de su copa—. El desafío que nos lanzó el abuelo a todos en Nochevieja me tiene preocupado. Francamente, no sé qué bien le va a hacer eso a la compañía. Más bien creo que puede acabar ocurriendo lo contrario. ¿Qué diablos estaría pensando cuando decidió enfrentarnos a unos contra otros? Ayer salía de mi despacho e iba por el pasillo cuando me tropecé con la tía Finola y con Scarlet. Iban hablando, y nada más verme se callaron, como si fuera un espía o algo así.

Tag asintió con la cabeza. A él le había pasado algo parecido la semana anterior cuando había interrumpido una conversación entre su tío Daniel y su prima Summer. Y todo por aquel condenado desafío.

—En fin, tendremos que pensar que el abuelo sabe lo que hace aunque no comprendamos sus motivos —dijo—. No creo que fuera capaz de hacer intencionadamente algo que pueda repercutir negativamente en la compañía. Ya sabes lo mucho que significa para él.

Liam asintió a regañadientes.

—Sí, supongo que sí —masculló. De pronto miró a Tag muy serio—. ¿Estás preparado para el martes?

Tag sacudió la cabeza. El martes era el día en que iban a operar a su madre.

—No, pero cuanto antes salga mamá de ello, mejor.

Liam cerró los ojos y suspiró cansado.

—Supongo que en eso también tienes razón —murmuró antes de mirar su reloj y ponerse de pie—. Bueno, te dejo. Creo que iré a la oficina a terminar un par de cosas antes de irme a casa.

Tag lo acompañó a la puerta, y después de que Liam se hubiera marchado se dio una ducha y se metió en la cama.

Nada más meterse bajo las sábanas se puso a pensar en Renee. Esa mañana le había pedido que le hablara de ella y de su familia cuando paseaban por Greenwich Village. Renee le había contado que sus padres habían fallecido; los dos. Su padre había muerto por un accidente laboral cuando ella tenía sólo diez años, y su madre de un cáncer de colon cuando estaba en el último curso en el instituto.

También le había confesado que había sido la amabilidad que la asistente social y el personal del hospital habían mostrado con su madre lo que le había hecho escoger la profesión que había elegido.

Durante el tiempo que habían estado juntos, Tag se había fijado en cómo las cosas más insignificantes lograban hacerla sonreír, y también en el modo respetuoso, educado, y amable en que se comportaba con la gente… hasta con los que no se lo merecían, como Thomas Bonner.

Thomas sólo había visto en Renee algo en lo que él apenas había reparado: el color de su piel. Para él eso era algo que no tenía la menor importancia, como el color de los ojos o la estatura. Sin embargo, tenía la sensación de que a ella no le ocurría lo mismo.

Tampoco a él le había pasado desapercibido cómo se los habían quedado mirando algunas personas mientras caminaban, o cómo otras habían fruncido el ceño en actitud desaprobadora. La diferencia estaba en que mientras que él los había ignorado sin mayor problema, era evidente que a ella le había molestado.

Durante todo el día había pensado que simplemente estaban trabando amistad, pero después de besarla quería más, quería algo que hacía mucho que no había querido con ninguna mujer: una relación.

Le gustaría llevarla a sus restaurantes favoritos, al cine, al teatro…, acercarse a su apartamento después del trabajo para tomar café y charlar de cómo les había ido el día, invitarla a su casa y preparar él mismo la cena… Y le encantaría presentarle al resto de

la familia.

Tag sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro. Jamás había pensado en presentarle a su familia a ninguna de las mujeres con las que había salido, pero con Renee todo era diferente.

El problema era que, aunque él quisiera compartirlo todo con ella, a Renee le preocupaba lo que pudiese pensar la gente. Frustrado, se pasó una mano por el cabello. Sabía que tenía que darle tiempo y no agobiarla, pero lo cierto era que estaba deseando volver a verla.

Capítulo Cuatro

—La operación de su esposa ha sido un éxito, señor Elliott.

Un profundo alivio se reflejó en el rostro de Michael Elliott y de sus cuatro hijos al oír las palabras del cirujano.

—Entonces… ¿cree que han podido extirpar todo el cáncer? —inquirió el padre de Tag. El doctor Chaney asintió. —Evidentemente habrá que esperar a ver cómo evoluciona, pero yo diría que sí y que va a superar esto. Tendrá que permanecer unos días aquí en el hospital, y luego hacer reposo durante al menos una semana.

—¿Cuándo podremos verla? —inquirió Gannon, con su prometida Erika a su lado.

—Dentro de una hora o una hora y media. Ahora mismo está todavía bajo los efectos de la anestesia. Les sugiero que vayan a tomar algo; para cuando vuelvan ya estará despierta.

Cuando el médico hubo salido de la sala de espera Michael Elliott se volvió hacia sus hijos.

—Vuestra madre se pondrá bien; ya lo veréis —les dijo—. He pensado que cuando le den el alta la llevaré conmigo a The Tides para que descanse allí unos días.

A Tag le pareció una gran idea. The Tides era la finca que su familia tenía en Long Island, a orillas del Atlántico. Su abuelo la había adquirido cuarenta años atrás porque a su abuela aquel lugar le recordaba a su Irlanda natal, y era un lugar de ensueño además de muy tranquilo. Allí su madre podría relajarse y reponerse de la operación.

—Qué mujer tan agradable es la asistente social que atiende a vuestra madre —comentó su padre de repente—. Ha sido tan amable por su parte que se pasara antes para saludarnos y darnos ánimos…

Tag dio un respingo.

—¿Renee ha estado aquí?

No se había podido contener y a juzgar por el modo en que lo miró su padre, no cabía duda de que lo había sorprendido que la hubiese llamado por su nombre por la familiaridad que aquello indicaba.

—Eh… sí. Se pasó hará unos cuarenta minutos, cuando Gannon, Liam y tú habíais bajado a la cafetería.

Tag asintió en silencio, deseando haber estado allí en ese momento. Miró su reloj de pulsera.

—Bueno, pues ya que el doctor Chaney ha dicho que aún tendremos que esperar una hora para que podamos ver a mamá, creo que iré a estirar las piernas un poco.

Sus hermanos lo miraron como diciendo «ya, seguro; a estirar las piernas un poco…», pero Tag los ignoró y después de excusarse se dirigió a los ascensores.

—¿Es verdad que estás atendiendo a Karen Elliott?

Renee levantó la vista del sándwich que estaba tomando y miró a la enfermera sentada frente a ella, Diane Carter.

Diane trabajaba en la unidad de cuidados intensivos y era una de las mayores chismosas del hospital. Renee solía evitarla siempre que podía, pero había aparecido cuando estaba almorzando, y cuando le había preguntado si le importaba que se sentase con ella lógicamente no había podido decirle que no.

—Sí, es verdad —contestó antes de tomar un sorbo de limonada.

—¡Oh, Dios, cómo te envidio! —exclamó Diane—. ¿Has conocido a alguno de sus hijos?

—Sólo a uno; Teagan Elliott.

—Bueno, ¿y qué te ha parecido? —inquirió impaciente la otra mujer.

Renee tomó otro sorbo de limonada.

—No está mal.

Diane se echó hacia atrás en su asiento y la miró como si estuviese pensado que debía faltarle algún tornillo.

—¿Que no está mal? Venga, Renee; he visto fotos suyas en las páginas de sociedad de los periódicos y es tan guapo que haría que cualquier mujer cayera rendida a sus pies.

A Renee casi se le atragantó la limonada al ver a Tag entrando

en ese momento en la cafetería. Se detuvo y paseó la vista por la sala, como si estuviera buscando a alguien, y cuando la vio sus ojos se iluminaron.

Renee sintió un cosquilleo en el estómago y de pronto volvió a su mente el recuerdo del beso que habían compartido tres días atrás, un recuerdo que aún la hacía sentirse acalorada cada vez que pensaba en Tag.

—Oye, ¿estás bien?

Nerviosa, Renee miró a Diane.

—Sí. Sí, claro que sí —le dijo intentando mantener la calma—; perfectamente.

Tag fue hasta la mesa donde estaban sentadas, y Renee se apresuró a erguirse en el asiento, y en un tono lo más profesional posible le dijo:

—Señor Elliott… ¿cómo está su madre?

Él debió advertir su nerviosismo, y al lanzarle una breve mirada de reojo a Diane probablemente se dio cuenta del interés con que lo estaba mirando, porque pareció comprender lo que ella le estaba suplicando con la mirada.

—Bien, gracias, señorita Williams —le respondió empleando el mismo tono—. El médico nos ha dicho que la operación ha sido un éxito, pero querría hablar con usted. Siento interrumpirla en la hora del almuerzo.

—Sí, claro; no hay problema. De todos modos ya había acabado de comer —le dijo Renee, aliviada de que hubiera captado la indirecta. Lo último que necesitaba era que la chismosa de Diane Carter empezara a divulgar rumores sobre ellos por el hospital—. Si le parece iremos a mi despacho y…

Al sentir un puntapié en la pierna miró a Diane y se dio cuenta de que estaba ansiando que le presentara a Tag.

—Eh… perdona la descortesía, Diane. Él es el señor Teagan Elliott. Señor Elliott, le presento a Diane Carter. Trabaja en cuidados intensivos.

Diane le dirigió una sonrisa empalagosa a Tag al tiempo que le tendía la mano.

—Es un placer conocerlo.

—Lo mismo digo, señorita Carter. Disculpe que la prive de la compañía de la señorita Williams, pero se trata de algo importante

que necesito hablar con ella.

Diane agitó la mano.

—Oh, no, por Dios, no se preocupe; lo entiendo perfectamente —le dijo—. Me ha encantado conocerlo —le repitió.

Renee se levantó y, después de excusarse de nuevo con Diane, salieron los dos del comedor.

Renee sintió una ola de calor invadir su cuerpo cuando Tag y ella subieron solos al ascensor.

—Mi padre me ha dicho que fuiste hace un rato a ver cómo estábamos, pero yo había bajado a la cafetería con mis hermanos —le explicó él—. Ha sido un bonito gesto por tu parte.

Renee se encogió de hombros.

—Es parte de mi trabajo dar apoyo emocional a la familia de los pacientes a mi cargo y ver si puedo hacer algo por ellos —respondió.

Tag se apoyó en la pared.

—Pues me alegra oír eso, porque hay algo que podrías hacer por mí.

—¿El qué?

—Dejar de hacer como si fuéramos dos extraños; como si lo que ocurrió entre nosotros el sábado por la noche nunca hubiese pasado.

Renee abrió la boca, como si fuera a decir algo, pero volvió a cerrarla y bajó la vista. En ese momento se abrió la puerta del ascensor y Tag se hizo a un lado para dejar que ella saliera primero.

Fueron hasta su despacho en silencio, y al pasar frente a la mesa de Vicki, su secretaria, ésta simplemente alzó la vista y sonrió a Renee antes de volver a lo que estaba haciendo.

Renee apreciaba a aquella mujer, que estaba ya en los cincuenta y llevaba dos años trabajando con ella. Era eficiente, de confianza, y respetaba su privacidad.

Entraron en su despacho y Tag cerró la puerta detrás de sí.

—Me alegra que la operación de tu madre haya salido bien —murmuró ella sin atreverse a mirarlo.

—Yo también.

Al ver que Tag se había callado, Renee se aclaró la garganta y le preguntó:

—Bueno, ¿de qué querías que habláramos? ¿Hay algo más que

pueda hacer por tu madre?

—En realidad no se trata de ella —respondió Tag—. Era una excusa para poder estar un rato a solas contigo.

Renee suspiró.

—Tag, se supone que estoy trabajando.

—Lo sé, y no voy a quedarme mucho tiempo porque el médico nos ha dicho que podríamos ver a mi madre dentro de un rato, pero necesitaba verte. Necesitaba convencerme de que lo que ocurrió el sábado no fue sólo producto de mi imaginación.

Renee se cruzó de brazos y alzó la barbilla.

—Mira, Tag, fue un error; no debí dejar que aquello pasara.

Tag se acercó a ella y la miró a los ojos.

—¿De verdad es eso lo que piensas, que fue un error?

—Sí, es lo que pienso.

—¿Y no quieres que vuelva a besarte?

—No, por supuesto que no —contestó ella apartando la vista—. De hecho… de hecho desearía que no lo hubieras hecho —le mintió, desesperada porque dejara el tema y se marchara.

Tag le levantó la barbilla.

—Mírame a los ojos y dime otra vez que desearías que no te hubiese besado —murmuró contra sus labios.

Renee escrutó el rostro de Tag con una mezcla de frustración y deseo, incapaz de articular palabra.

—Dilo —susurró él de nuevo. Un cosquilleo recorrió de arriba abajo el cuerpo de Renee. No podía mirarlo a los ojos y mentirle. Además, sí quería que volviera a besarla. Sabiendo que se arrepentiría de aquello, alzó la barbilla para acercar sus labios a los de él.

Sin embargo, Tag no se movió. Se quedó quieto, sus ojos fijos aún en los de ella, dándole a entender que si quería otro beso tendría que ser ella la que diera el primer paso.

Renee no pudo seguir resistiéndose y, con un gemido, se puso de puntillas y capturó los labios de Tag con los suyos.

Se agarró a sus hombros, y suspiró extasiada cuando la lengua de él comenzó a entrelazarse con la suya, haciéndola estremecerse por dentro.

En ese momento sonó el teléfono que había sobre su escritorio, y Renee despegó al instante sus labios de los de Tag y dio un paso

atrás. Fue hasta la mesa y pulsó el botón del intercomunicador.

—Dime, Vicki —contestó esforzándose porque no se le notara al hablar que le faltaba el aliento.

—Su cita de la una está aquí, señorita Williams.

Nerviosa, Renee se pasó la lengua por los labios. Mientras había estado besando a Tag se había olvidado de todo; incluso del hecho de que estaban en su despacho. ¿Y si hubiera entrado alguien y los hubiese encontrado besándose? En cuestión de horas todo el hospital se habría enterado y se habría desatado un escándalo.

—Gracias, Vicki. Dame un minuto para que acabe de hablar con el señor Elliott.

Renee se volvió hacia Tag, que seguía allí de pie mirándola. De acuerdo, esa vez había sido ella quien lo había besado y no al revés, pero eso no cambiaba el hecho de que no podían salir juntos. Tenía que hacer que lo comprendiera; ella tenía mucho más que perder que él.

—Tag, yo… lo siento, de verdad, pero lo nuestro no puede funcionar —le dijo finalmente.

—¿Por qué?, ¿porque mi madre es tu paciente?

—Entre otras razones.

Tag se cruzó de brazos.

—¿Y puedo saber cuáles son esas otras razones?

Renee resopló de pura frustración.

—Que tú eres blanco y yo negra, que tú eres un ejecutivo y yo una asistente social cuyo salario no se acerca al tuyo ni con mucho.

—¿Y qué?

Renee frunció el entrecejo. ¿Necesitaba que se lo dijera aún más claro?

—Nunca he salido con un hombre blanco, y me parece que la diferencia de clase social entre nosotros…

Tag soltó una risa seca y la miró con incredulidad.

—¿Estás diciéndome que no quieres salir conmigo por el color de mi piel y porque tengo dinero?

El oírle decir eso hizo a Renee crispar el rostro, y se puso a la defensiva.

—¿Por qué ibas a querer tener una relación con alguien como yo, Tag? ¿Acaso soy la clase de mujer que tu familia esperaría que llevaras a cenar?

Los ojos de Tag relampaguearon.

—En primer lugar sería conmigo con quien saldrías; no con mi familia —le dijo en un tono enfadado, yendo junto a ella—, y en segundo lugar jamás he permitido ni permitiré que mi familia me diga cómo tengo que vivir mi vida o con quién puedo o no puedo salir. Además, una de las cosas que me enseñaron mis padres es que no se puede juzgar a una persona por las apariencias, y eso es justo lo que tú estás haciendo. Si vas a juzgarme por el color de mi piel y por mi dinero me temo que no tenemos nada más que decirnos.

Y con esas palabras giró sobre los talones y se marchó.

Gracias a Dios que la jornada ya estaba acabando, pensó Renee con un suspiro. En todo el día no había podido dejar de pensar en la discusión que había tenido con Tag. ¿Por qué tenía que complicar las cosas de aquel modo? ¿Por qué no podía comprender que sólo quería evitar que acabaran haciéndose daño?

No era que una relación entre dos personas de distinta raza fuese imposible. De hecho había muchas parejas interraciales que luchaban día a día por su amor en contra de los prejuicios de la gente, pero no todo el mundo era capaz de sobrellevar eso.

Tag no vivía en otro planeta; sabía tan bien como ella cuáles eran las reglas que dictaba la sociedad, y cuáles eran los problemas a los que uno se exponía a enfrentarse si las desafiaba e iba contra ellas.

No tenía derecho a hacerla sentir culpable. No era prejuiciosa, simplemente precavida.

Sin embargo, cuando acabó de trabajar y se dispuso a apagar el ordenador y a recoger sus cosas para marcharse todavía seguía dándole vueltas a su discusión con él.

Si había hecho lo correcto al decirle a Tag lo que pensaba… ¿por qué entonces se sentía tan mal?

Capítulo Cinco

—Pero eso no puede ser, papá. ¿Estás diciendo que mamá no quiere vernos? —inquirió Tag absolutamente perplejo.

Michael Elliott miró a sus cuatro hijos.

—Es lo que me ha pedido que os dijera —respondió—. Como sabéis hoy le dan el alta a vuestra madre y voy a llevármela a The Tides para que descanse allí. Quiere que pasemos unos días a solas sin recibir visitas.

—Sí, pero que no quiera vernos siquiera a nosotros… —murmuró Liam.

—Tenéis que intentar comprenderla; vuestra madre está pasando por un trance muy difícil, tanto emocional como físicamente, y es posible que como dice necesite un tiempo a solas.

—Lo que necesita es que estemos a su lado —replicó dolida Bridget, que estaba mirando a su padre con los ojos muy abiertos—. ¿Y si no quiere ver a nadie porque está cayendo en una depresión?

—Estoy de acuerdo con Bridget, papá —intervino Liam de nuevo —. Esto no es normal en ella; deberíamos hacer algo para animarla.

—Yo también lo pienso —dijo Tag—. Iré a ver a Re… a la asistente social para ver qué se puede hacer.

No había querido pronunciar el nombre de Renee. El solo pensar en ella le hacía sentirse fatal. Había pasado casi una semana desde el día en que se había marchado enfadado de su despacho.

Sabía que había ido a visitar un par de veces a su madre, pero lo había hecho cuando sabía que él no estaría para que no se encontraran.

—¿Cuándo vas a ir a verla? —le preguntó Gannon.

—Hoy mismo si puedo.

Aquel día Renee tuvo que quedarse hasta tarde en el hospital porque necesitaba dejar unas cuantas cosas hechas. Miró su reloj de pulsera mientras apagaba el ordenador. Eran casi las siete.

Vicki, bendita Vicki, que se había quedado también para ayudarla a terminar un informe, asomó en ese momento la cabeza a través de la puerta entreabierta.

—Me marcho ya, señorita Williams —le dijo con una sonrisa.

Renee se la devolvió.

—Yo me iré también dentro de un momento —respondió—. Gracias por ayudarme. Si no hubiera sido por ti no habría tenido listo esto para la reunión de mañana.

—No hay de qué; hasta mañana.

Minutos después Renee estaba guardando en su maletín unos historiales que quería repasar en casa cuando oyó que alguien llamaba la puerta.

—Un momento; ya me marcho y les…

Creyendo que se trataría de alguien del personal de limpieza, había empezado a hablar sin levantar la vista, pero cuando lo hizo y se encontró con Tag allí de pie se quedó boquiabierta. Ninguno de los dos dijo nada hasta que finalmente fue ella quien rompió aquel incómodo silencio dejando escapar un suspiro cansado antes de cerrar con un "clic" su maletín.

—¿A qué has venido, Tag?

Él pasó y cerró tras de sí.

—Vi a tu secretaria abajo y me dijo que aún estabas aquí; necesito hablar contigo.

Renee sacudió la cabeza.

—No creo que tengamos nada más que decirnos.

—No quiero que hablamos de nosotros, Renee —replicó él—; se trata de mi madre. Y ésta vez no te estoy mintiendo —añadió cuando la vio enarcar una ceja.

Sólo entonces se fijó Renee en lo tenso y serio que parecía. Inmediatamente se puso de pie y fue junto a él.

—¿Qué ha pasado?, ¿le ha ocurrido algo a tu madre?

—No, no; no le ha ocurrido nada —respondió él esbozando una débil sonrisa.

—¿Y entonces de qué se trata.

Tag se aclaró la garganta y le contestó:

—Nuestro padre decidió hace una semana que cuando le dieran el alta se la llevaría a descansar a una finca que tienen nuestros abuelos en Long Island, pero según nos ha dicho no quiere que vayamos siquiera a visitarla mientras esté allí.

Renee asintió en silencio. La última vez que había visto a Karen Elliott le había parecido que estaba empezando a caer en una depresión. Había sido el mismo día en que el médico le había quitado el vendaje del pecho para explicarle cómo tenía que limpiar los puntos que le habían dado a pesar de que su marido había contratado a una enfermera privada para que se hiciera cargo de esas cosas.

—No tenéis que tomároslo como algo personal, Tag; ni tus hermanos ni tú.

Tag frunció el ceño.

—¿Que no nos lo tomemos como algo personal? Es nuestra madre y…

—Y también es una mujer que está pasando por algo que le está costando mucho aceptar. Ninguna mujer llevaría bien que tuvieran que quitarle los dos pechos. Mientras tuvo el vendaje tu madre no quiso pensar en el resultado de la operación, en lo que vería cuando se lo quitaran, pero cuando el médico lo retiró experimentó la misma reacción que todas las mujeres en su situación experimentan: ira porque algo así de terrible haya que tenido que pasarle a ella, y miedo de que el cáncer se reproduzca, que se extienda a otras partes de su cuerpo y las pierda también.

Renee se quedó callada un momento y dejó escapar un suspiro. Tenía que hacerle ver a Tag que debía intentar comprender y respetar las decisiones de su madre.

—Tienes que entender que en estos momentos el que se esté encerrando un poco en sí misma es algo normal. Al principio ni siquiera quería ver a tu padre.

Tag cerró los ojos. No quería creer lo que estaba oyendo. Su madre siempre había sido la roca de la familia. Al igual que su abuela era quien siempre lograba mantenerlos a todos unidos, pasara lo que pasara.

En cambio, ahora que su madre estaba pasando un mal momento, él se sentía incapaz de hallar en su interior siquiera una décima parte de la fortaleza de espíritu que siempre mostraba ella.

Frustrado, apoyó la espalda contra la puerta cerrada.

—¿Y qué se supone que debemos hacer?, ¿dejar que siga compadeciéndose?

Renee negó con la cabeza.

—No. Para empezar deberíais respetar su deseo y darle el espacio que necesita ahora mismo, pero no quedándoos quietos, sino aprovechando ese tiempo para pensar en algo que pudiera levantarle el ánimo.

—¿Como qué?

Renee se encogió de hombros.

—Cualquier cosa que la haga sentirse útil, viva. Según tengo entendido le gusta ayudar en obras benéficas, ¿no es cierto? Podrías buscar el modo de que siga haciéndolo aunque esté convaleciente. Lo importante es que se olvide de la enfermedad y se concentre en otra cosa.

Tag asintió.

—¿Nos ayudarás?

Su pregunta resultó tan inesperada para Renee que en un primer momento se quedó callada, pero luego sacudió la cabeza y suspiró.

—Tag, no creo que…

—Por favor.

Renee se mordió el labio inferior, sintiéndose cruel ante el modo suplicante en que la estaba mirando. ¿Podría hacer lo que le estaba pidiendo sin que se complicaran más las cosas entre ellos? Tenía que hacerlo. Al fin y al cabo se trataba de su madre, no de él, y Karen Elliott era una paciente. Además, en las dos semanas anteriores se habían visto en varias ocasiones y le había tomado cariño a la madre de Tag.

—¿Lo harás, Renee? —le insistió Tag.

Ella inspiró profundamente y asintió.

—Sí, Tag, haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a tu madre.

Una expresión de alivio y agradecimiento se dibujó en las facciones de Tag.

—Gracias, Renee. ¿Querrás cenar mañana por la noche con mis hermanos y conmigo para explicarles lo que me has dicho a mí? Vamos a cenar a Une Nuit. No sé si te sonará; es un restaurante del que es propietario mi primo Bryan.

Cualquiera que viviera en Nueva York había oído hablar de Une Nuit, un restaurante conocido por las celebridades que lo frecuentaban. Renee vaciló un instante pero se recordó que había prometido ayudar a su madre y además tampoco era como si fuese una cita ni nada parecido.

—Está bien.

Tag asintió con la cabeza.

—Entonces pasaré a recogerte sobre las siete.

—Tag, no hace falta que…

—Pues claro que hace falta; no voy a dejar que vayas en metro hasta allí.

Renee suspiró. Con lo cabezota que era Tag sabía que no le serviría de nada discutir con él.

—De acuerdo.

Tag sonrió.

—Bien. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Te lo agradezco pero he quedado con mi amiga Debbie en un restaurante que no está lejos de aquí —contestó ella—. El lunes se va a Londres por motivos de trabajo y hemos decidido salir a divertirnos un poco.

—Bueno, en ese caso al menos puedo acompañarte hasta allí.

—Tag…

—Insisto.

Renee claudicó con un suspiro. Se puso el abrigo, tomó su maletín, y salieron del despacho. Minutos después entraban en el ascensor y, mientras bajaban, Renee rogó para sus adentros por que aquella chismosa de Diane Carter se hubiese ido ya a su casa. Lo último que necesitaba era que se tropezasen con ella en el vestíbulo y que al verlos juntos se pensase lo que no era.

Por suerte, cuando llegaron a la planta baja y salieron del ascensor parecía que no había nadie a la vista.

Como Renee le había dicho a Tag el restaurante estaba muy cerca de allí y en apenas diez minutos ya habían llegado.

—Gracias por acompañarme… aunque no hacía falta —le dijo cuando se detuvieron junto a la entrada.

—No hay de qué. Gracias a ti; por todo. Nos vemos mañana a las siete.

Renee asintió y, cuando entró en el restaurante y miró por

encima del hombro a través del cristal de la puerta, Tag seguía allí de pie, esperando como un caballero andante a que estuviera sana y salva dentro del castillo antes de marcharse.

Tag apoyó los codos en la mesa de la sala de reuniones y entrelazó las manos.

—Necesitamos que averigüéis todo lo que podáis averiguar acerca del senador Vince Denton —le dijo a los dos redactores sentados frente a él—; especialmente todo lo referente a sus actividades del año pasado. Ningún político se retira después de treinta años si no tiene una buena razón, y mucho menos uno tan cercano al gobierno.

—Ya dijo sus razones en esa rueda de prensa que dio —replicó Peter Weston con desgana antes de arrojar un clip sobre la mesa—. A mí me parece que retirarse a su granja de Carolina del Sur y vivir tranquilo el resto de sus días es una razón más que buena. Yo lo haría también si pudiera.

Tag lo miró con el entrecejo fruncido.

—Pues yo no me lo trago, y creo que aquí hay algo que huele a podrido —replicó.

Ya iba siendo hora de que hablase con su padre sobre la actitud de Peter, sobre la falta de interés que estaba mostrando últimamente por su trabajo.

Peter llevaba más de quince años trabajando en *Pulse*, y era uno de sus mejores reporteros de investigación, pero no le había sentado bien que Gannon hubiese conseguido el puesto que él ambicionaba porque estaba convencido de que su padre se lo había dado por ser su hijo y no por su esfuerzo, lo cual no era cierto en absoluto.

—A mí también me parece extraño que haya decidido jubilarse de repente —dijo la otra redactora, Marlene Kingston—… y especialmente días antes de que se vote la reforma de la ley del petróleo la semana que viene —añadió.

Marlene, de veintisiete años, llevaba trabajando en *Pulse* desde que acabara sus estudios de periodismo, y tenía buen instinto para lo que podía ser noticia. Se dedicaba principalmente a las secciones de análisis político de la revista y ayudaba a Peter a recabar información.

A Tag le gustaba su agudeza, pero a juzgar por la mirada irritada que le lanzó, era evidente que a Peter no.

—Eso que apuntas es interesante, Marlene. Ahondad en ello a ver qué averiguáis, pero aseguraos de que la información provenga de fuentes de confianza.

Dieron por concluida la reunión y abandonaron la sala de reuniones, pero de camino a su despacho Tag se detuvo en el archivo; los dominios de Edgar Rosewood.

Edgar, que celebraría pronto su septuagésimo cumpleaños, había empezado a trabajar en la compañía sólo un mes después de que su abuelo la fundara. Había sido el mentor de su padre, y también de sus hermanos y de él mismo, y para Tag era como un segundo padre para él, y el hombre al que acudía cuando necesitaba consejo.

—¿A qué le estás dando vueltas, hijo? —le preguntó el hombre cuando llevaban ya un rato charlando—. ¿Algo personal, o tiene que ver con el trabajo?

Aquélla era otra cosa que a Tag le gustaba de Edgar: cuando había algo que lo tenía preocupado, de algún modo siempre parecía intuirlo.

No queriendo entrar en sus problemas personales, le contestó:

—Con el trabajo. Creo que el que el senador Denton haya decidido retirarse de la política precisamente ahora resulta un tanto sospechoso.

Edgar se echó hacia atrás en su silla.

—Yo también.

A Tag le alegró saber que opinaba igual que él.

—Le he dicho a Marlene y a Peter que averigüen todo lo que puedan sobre él. Y espero que demos con algo de peso antes de que lo haga *Time*.

—Contando con Marlene puedes darlo por hecho; tiene el olfato de un sabueso. Si Denton está intentando tapar algo, Marlene lo averiguará. Me gusta esa chica.

Tag no pudo reprimir la sonrisa traviesa que acudió a sus labios.

—¿Por qué?, ¿porque te recuerda a Elizabeth Taylor de joven?

Todo el mundo en EPH sabía que Edgar era un gran admirador de la actriz; no en vano tenía varios pósters de ella colgados en las paredes del archivo.

El anciano sonrió.

—Sí, ésa es una de las razones. La otra es que es una gran reportera. Deberías ponerla a trabajar con Wayne Barnes en lugar

de con Peter —le respondió—. Peter ya se ha aprovechado bastante de sus logros. Y además un árbol joven no puede crecer a la sombra de uno viejo.

Tag no podía estar más de acuerdo. Tendría que hablar de ello con Gannon.

Cuando alzó la vista vio que Edgar se había quedado mirándolo.

—¿Seguro de que no hay nada más que te preocupe?

Tag se encogió de hombros.

—Bueno, también está lo de mi madre.

—Eso por descontado —asintió Edgar—, pero me da la impresión de que no se trata de eso, y creo saber cuál es tu problema.

—¿Cuál?

Edgar se inclinó hacia delante y lo señaló con un dedo.

—Que te falta el apoyo de una mujer buena y cariñosa.

Tag sonrió. Edgar llevaba repitiéndoles aquello a Liam y a él desde que Gannon anunciara su compromiso con Erika el mes anterior.

—¿Sigues empeñado en casarme?

—No hay nada de malo en sentar la cabeza. Yo llevo veinticinco años felizmente casado con mi Martha.

Tag se rió y, después de ponerse de pie, miró su reloj. Durante todo el día no había podido dejar de pensar en Renee, y estaba deseando que llegara la hora de ir a recogerla.

—Bueno, tengo que volver al trabajo —le dijo a Edgar.

El hombre se levantó también y lo acompañó hasta la puerta, pero Tag se detuvo un par de pasos antes de llegar a ella y alzó la vista hacia el enorme póster de Elizabeth Taylor que había en la pared.

—¿En qué piensas cuando miras estos pósters? —le preguntó a Edgar girando la cabeza hacia él.

El anciano se rió entre dientes.

—Pasión; deseo.

Tag se volvió.

—¿Y en qué piensas cuando miras a Martha?

—En lo mismo, sólo que además también pienso en lo mucho que la quiero. Ésa es la clave de la felicidad, hijo: encontrar a una mujer que te haga sentir el fuego del deseo, pero que también haga

rebosar tu corazón de amor.

Tag sonrió. El viejo era un romántico sin remedio.

—Gracias por venir a recogerme —le dijo Renee a Tag cuando le abrió la puerta para que entrara en el coche.

—No tienes por qué dármelas —replicó él.

Cuando Renee se hubo acomodado, cerró la portezuela y rodeó el vehículo para sentarse al volante.

—Estás muy guapa —le dijo—… aunque la verdad es que siempre lo estás.

Aquel cumplido hizo sonreír a Renee.

—Gracias.

—No hay de qué —respondió él mientras se ponían en marcha.

Renee iba callada, mirando por la ventanilla, y finalmente fue él quien rompió el silencio.

—Mis hermanos están deseando conocerte —le dijo—. Te estamos muy agradecidos por todo lo que hiciste por nuestra madre mientras estuvo ingresada en el hospital.

Por un momento Renee pensó en responderle que no había hecho otra cosa más que cumplir con su obligación, pero le pareció que aquello habría sonado frío y que además no era cierto porque sentía un aprecio sincero por su madre.

—Háblame de ellos —le pidió a Tag cuando se detuvieron en un cruce.

—Gannon, que tiene treinta y tres años es el mayor de nosotros y el segundo en el escalafón de mando en *Pulse* después de mi padre —le explicó—. Hasta ahora había sido lo que se dice un soltero convencido, pero el mes pasado se comprometió. Erika, su prometida, también trabaja con nosotros —añadió cuando el semáforo se abrió—. Creo que Gannon dijo que iba a venir con ella, así que es posible que la conozcas esta noche.

Un taxista se cruzó por delante de ellos sin ningún cuidado y Tag dio un frenazo.

—¿Se puede ser más bruto? —masculló irritado.

—¿Y tu otro hermano y tu hermana? —inquirió Renee.

—Liam tiene treinta y un años y es quien se encarga de las finanzas de la empresa —continuó Tag—. Siempre estamos picándolo con que el abuelo le deja llevar las cuentas porque es su favorito, pero la verdad es que es muy bueno en su trabajo —

comentó riéndose—. Y finalmente está Bridget, que es de tu edad. Es editora fotográfica de *Charisma*, la revista que dirige mi tía Finola, y según dice todavía está intentando encontrarse a sí misma.

Renee iba a preguntarle qué quería decir con eso, pero en ese momento Tag detuvo el coche y le dijo:

—Ya hemos llegado.

Renee miró por la ventanilla y vio el restaurante de su familia; Une Nuit. «Bueno, allá vamos», se dijo.

Capítulo Seis

Aunque Renee se había sentido algo rara e incómoda cuando entró en el restaurante con Tag, la amabilidad y cortesía de sus hermanos la ayudaron a relajarse.

A los pocos minutos Erika, la prometida de Gannon, se unió a ellos, y fue éste quien, hablando en nombre de todos, le dijo a Renee:

—Queríamos darte las gracias por todo lo que has hecho por nuestra madre.

Los demás asintieron, y Renee sonrió.

—No tenéis por qué dármelas. Vuestra madre es una persona maravillosa y me siento muy feliz de poder hacer todo lo que esté en mi mano por ayudarla.

Les explicó lo mismo que le había explicado a Tag, lo que su madre necesitaba de ellos en esos momentos, y después de escucharla atentamente luego cada uno hizo sus sugerencias, aunque fue la idea de Erika la que más acertada les pareció a todos.

En un principio habían pensado casarse por lo civil y no hacer celebración alguna porque no les parecía que fuese el momento de fiestas con todo lo que estaba pasando su madre. Sin embargo, a Erika se le ocurrió que quizá si le pidiesen que se encargase ella de organizar los preparativos de la boda eso la ayudaría a mantenerse entretenida y la animaría porque la haría sentirse útil.

Además, a finales de ese mes sus abuelos celebrarían su aniversario de bodas en la finca que tenían, así que Gannon le propuso a su prometida que podían fijar la boda para ese día también y celebrarla allí mismo. A Erika le encantó la idea y quedó decidido.

A Renee le dio pena cuando tuvo que despedirse porque

verdaderamente había pasado un rato muy agradable, y se sorprendió cuando tanto Bridget como Erika le pidieron intercambiar sus números de teléfono para quedar a almorzar algún día.

—Lo he pasado muy bien —le dijo Renee a Tag cuando iban de regreso a su casa en el coche de él. Tus hermanos son muy agradables, aunque después de conocer a tus padres no tendría que haberme sorprendido. Pueden estar orgullosos de vosotros.

Tag la miró y esbozó una leve sonrisa.

—Gracias.

Se alegraba de que le hubieran gustado sus hermanos y agradecía de verdad el cumplido, pero no podía olvidar que hacía sólo unos días Renee prácticamente le había dicho que no podía tener una relación con él porque era blanco y porque su familia era rica.

—¿A qué venía esa broma que hizo Liam durante la cena sobre no sé qué de una batalla campal entre los miembros de vuestra familia? —inquirió ella de pronto, recordando algo que uno de sus hermanos había mencionado.

La pregunta sacó a Tag de sus pensamientos.

—No era una broma —replicó mirándola brevemente antes de volver a fijar la vista en el frente—. Mi abuelo quiere jubilarse, y ha decidido que de los directores de las cuatro principales revistas el que obtenga mejores ganancias en el plazo de un año será quien ocupe su puesto como presidente de EPH.

Renee se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Entonces… ¿es en serio?

Tag se rió suavemente.

—Muy en serio, por desgracia. Lo peor es que aunque cada una de esas cuatro revistas las dirige un hijo diferente de mi abuelo, no todos los nietos trabajamos para nuestros padres. Por ejemplo, mi hermana Bridget no trabaja con mi padre, con Gannon y conmigo en *Pulse*, sino en *Charisma* con nuestra tía Finola. Así que al intentar hacer que sea la directora de su revista quien consiga el puesto de presidenta de la compañía… está yendo en contra de nuestro padre.

—Vaya, no me gustaría estar en su lugar —murmuró Renee.

—Ni a mí —dijo Tag—. No es culpa suya que estemos en bandos distintos, por supuesto, pero aun así… —exhaló un suspiro y

sacudió la cabeza—. El caso es que tanta competitividad está haciendo que la situación en la oficina sea cada vez más tensa.

Renee giró la cabeza hacia la ventanilla en ese momento y reconoció el lugar por el que estaban pasando. Ya sólo estaban a una manzana de donde vivía. Se removió en el asiento, sintiéndose de pronto algo nerviosa. Aunque durante toda la noche se había mostrado muy amable con ella, después de la discusión que habían tenido hacía ya casi una semana no lo culparía si parara el coche al torcer la esquina, la dejase allí mismo, y se marchase.

Por fortuna no lo hizo, sino que detuvo el vehículo justo frente al bloque donde vivía.

—Gracias por traerme —le dijo Renee mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad.

—Soy yo quien debo darte las gracias —murmuró él antes de bajarse y rodear el coche para abrirle la puerta.

Cuando tomó la mano que él estaba ofreciéndole para ayudarla a salir, Renee sintió que la invadía una ola de calor, y cuando sus ojos se encontraron con los de él fue como si el aire entre ellos se cargase de electricidad. Un repentino deseo se apoderó de Renee. Quería que le rodeara la cintura con los brazos, que la besara, quería que… No, tenía que controlar aquello. Parpadeó y se obligó a apartar esos pensamientos de su mente.

No cruzaron palabra alguna mientras entraban en el portal y subían las escaleras que llevaban a su apartamento. Guando llegaron a la puerta, Tag se quedó en silencio a su lado hasta que sacó la llave del bolso y abrió.

—Gracias otra vez por traerme —le dijo Renee una vez más volviéndose hacia él.

—No hay de qué —murmuró él.

Renee bajó la vista deseando que aquella discusión que habían tenido no hubiera ocurrido nunca, que hubieran podido seguir siendo amigos al menos. No, no estaba siendo sincera consigo misma; no le bastaría con que fueran sólo amigos. Se sentía muy a gusto cuando estaba con Tag, pero esa noche se había dado cuenta de que no se trataba sólo de eso; se estaba enamorando de él. No sabía cómo había podido permitir que aquello ocurriera… pero había ocurrido.

—Buenas noches, Renee —se despidió él antes de inclinarse y

besarla en la mejilla.

Luego se dio la vuelta y se alejó unos pasos hacia el rellano de la escalera, pero entonces, como si algo le impeliese a mirarla una vez más, se giró y, cuando sus ojos se encontraron, Renee se sintió incapaz de seguir negando lo que su corazón ansiaba.

—¿Quieres pasar y tomar algo de beber? —le preguntó en un tono quedo, rompiendo el silencio.

Con una sonrisa que la habría hecho caer rendida a sus pies si no estuviese ya loca por él, Tag volvió a su lado y le preguntó a su vez:

—¿Estás segura de que quieres que pase?

Renee sintió cómo el estómago se le llenaba de mariposas. Sabía lo que Tag le estaba preguntando.

—Sí, estoy segura —respondió.

Si no podían tener una relación al menos tendrían esa noche. Por algún motivo el tomar esa decisión la hizo sentirse bien, y supo que no se arrepentiría pasara lo que pasara.

Tag le sostuvo la puerta para que entrara y luego la siguió dentro, cerrando detrás de él.

Después de que Renee dejara el bolso sobre una mesita alta junto al perchero del recibidor, se quedó de pie a unos metros de Tag, visiblemente nerviosa.

Tag, a quien no le pasó desapercibido, extendió los brazos hacia ella en una invitación muda para que fuera con él.

Renee avanzó en silencio y cuando llegó frente a él, Tag le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí. Ella apoyó la cabeza en su pecho y suspiró.

Tag sabía que Renee aún tenía dudas, pero en ese momento le bastaba con tenerla entre sus brazos.

Pensó en las otras mujeres con las que había salido. Algunas habían sido auténticas bellezas, pero Renee tenía algo que la hacía diferente. Era preciosa, sí, pero no era eso lo que lo había atraído de ella, lo que lo tenía fascinado.

Lo que de verdad le gustaba de Renee era su amabilidad, su dulzura, su entrega a los demás.

—¿Tag? —la llamó ella en un susurro.

—¿Mmm?

—¿Vamos a quedarnos así toda la noche?

Los labios de Tag se curvaron en una sonrisa. Sólo Renee podía hacerle una pregunta así en un momento como ése. En vez de contestarle la levantó del suelo y la besó, no de un modo tierno e inocente, sino con sensualidad y pasión, para hacerle saber cuánto la deseaba.

Renee gimió, y aquello no hizo sino excitarlo aún más.

—¿Por dónde se va al dormitorio? —le preguntó Tag, tras despegar sus labios de los de ella.

—Por el pasillo… la segunda puerta a la derecha.

Tag la alzó en volandas y cuando hubo entrado en la habitación encendió la luz y la depositó de nuevo en el suelo para luego retomar el beso, explorando con la lengua cada rincón de su boca mientras la conducía hacia la cama.

Renee dejó escapar una risita nerviosa cuando sus piernas chocaron con el colchón, y tiró de Tag para hacerlo caer en la cama con ella.

Tag echó la cabeza hacia atrás para mirarla. Nunca había deseado a ninguna otra mujer como la deseaba a ella, pensó bajándose de la cama para quitarse la ropa.

Observó a Renee, cuyos ojos no se apartaron de él ni un segundo mientras se desabrochaba la camisa, y luego le tendió una mano para ayudarla a ponerse de pie y desvestirla también.

En primer lugar le quitó los zapatos, y después hizo que se diera la vuelta para bajarle la cremallera del vestido.

Le gustaba el modelo que había elegido para la ocasión; un sencillo vestido azul de raso con escote redondo y media manga, ligeramente entallado. Era como si lo hubiesen confeccionado pensando en ella. Sí, le gustaba muchísimo con ese vestido, pero aún le gustaría más sin él.

—He querido hacer esto desde aquella primera vez que fui al hospital a hablar contigo —murmuró antes de besarla en la nuca.

Sintió cómo Renee se estremecía, y esbozó una sonrisa pícara al pensar que había sido él quien había provocado esa reacción en ella.

—¿Ah, sí?

—Mmm. Y la verdad es que en un principio me costó aceptarlo; nunca había deseado a ninguna mujer como te deseo a ti.

Tag le bajó la cremallera y le bajó el vestido por los hombros.

Bastó con un sensual contoneo de las caderas de Renee para que la prenda cayera al suelo.

Tag hincó una rodilla en el suelo y le quitó las medias, dejándola vestida tan sólo con un conjunto de sujetador y braguita de encaje azul cielo. Era lo más sexy que había visto en su vida.

Sus ojos recorrieron entonces las largas piernas de Renee, y descendieron hasta llegar a los pies, cuyas uñas estaban pintadas con esmalte rojo carmín, como las de las manos.

Cada vez más excitado, Tag se desabrochó el cinturón y después de quitarse los pantalones los arrojó a un lado, quedándose únicamente con los calzoncillos.

Tag sintió cómo el deseo lo sacudía cuando Renee deslizó una mano por su pecho desnudo. Sus dedos bajaron hasta alcanzar el elástico de los calzoncillos, pero no se detuvieron allí, sino que se introdujeron por debajo de él para cerrarse en torno a su erección.

Sin embargo, fue cuando comenzó a acariciarlo cuando Tag pensó que iba a perder el control, que lo perdería si no paraba en ese preciso momento.

—Renee…

—¿Sí? —le contestó ella con fingida inocencia, sacando la mano.

Dos podían jugar a aquel juego, pensó Tag. Se sentó en el borde de la cama y la tomó de las manos para hacer que se sentara a horcajadas sobre él. Sus manos se posaron en la cintura de Renee, pero apenas permanecieron allí un instante antes de que descendieran hasta sus nalgas y comenzaran a masajearlas.

Le gustaba el tacto de seda de su piel y el olor de su perfume. Dios, qué bien olía…

Cuando Renee se inclinó hacia delante e imprimió pequeños besos en su mandíbula al tiempo que recorría sus hombros y su tórax con las manos, Tag emitió un gemido entrecortado. Queriendo que supiera hasta qué punto estaba excitándolo, la asió por las caderas y se arqueó hacia ella.

Renee jadeó extasiada, y Tag la besó antes de echarse hacia atrás, llevándola con él. La sensación de su suave cuerpo desnudo apretándose contra el suyo casi lo volvió loco.

—No hemos acabado de quitarnos la ropa —le recordó Renee, despegando un instante sus labios de los de él.

Tag la hizo rodar, de modo que Renee quedó tumbada boca

arriba en el colchón, y pudo disponerse a quitarle el sujetador. En el momento en que arrojó la prenda a un lado, dejando los senos de Renee al descubierto, sintió cómo el fuego del deseo lo abrasaba de nuevo. Los senos de Renee eran generosos, firmes, y los oscuros y endurecidos pezones parecían estar rogando que los lamiese. ¿Cómo podría siquiera intentar resistirse? Tag tomó una de aquellas perfectas circunferencias en la palma de su mano y comenzó a succionarlo con deleite, saboreando su dulzura. Un intenso gemido de placer escapó de la garganta de ella, seguido de varios más, y al cabo de unos minutos en los que Tag alternó entre uno y otro seno, se estremeció y gritó su nombre. Tag no podía creer que hubiera tenido un orgasmo sólo con que hubiera besado y lamido sus senos.

Y sin embargo, aquello era perfecto, porque no haría sino hacer más agradable para ambos lo que iba a hacer a continuación. Tras echarse un poco hacia atrás le acarició los muslos de abajo arriba, trazando después con el índice de cada mano el borde de las braguitas de encaje que llevaba puestas.

Acarició suavemente el pequeño trozo de tela entre sus piernas y lo satisfizo encontrarlo húmedo.

Sin perder tiempo le quitó también las braguitas para luego sacarse él los calzoncillos.

Entonces se inclinó de nuevo hacia delante y, tras depositar un reguero de pequeños besos sobre su liso estómago descendió un poco para dibujar con la lengua círculos en torno a su ombligo.

El aroma a mujer que desprendía Renee lo excitó, haciendo que sus músculos se tensaran aún más.

—Tag… ¿qué estás haciendo? —le preguntó Renee casi sin aliento.

Tag levantó la boca de su piel el tiempo justo para responder:

—Estoy a punto de devorarte viva, cariño. Eres la mujer más hermosa, sensual y deseable que he conocido en mi vida.

Apenas había pronunciado esas palabras hundió la cabeza entre sus piernas abiertas y comenzó a lamer los pliegues húmedos e hinchados de su sexo.

—¡Tag! —exclamó ella.

Tag sin embargó no paró, y cuando ella comenzó a revolverse debajo de él, impaciente, la agarró por las caderas para mantenerla quieta mientras continuaba explorándola con la lengua, y de su

garganta escapó un gruñido involuntario.

Pronto notó que los pliegues de Renee se contraían bajo cada nueva pasada de su lengua, y comenzaron a derramarse los jugos de su pasión al tiempo que su pelvis se arqueaba en un movimiento involuntario y de sus labios escapaba su nombre una y otra vez.

Antes de que Renee pudiera siquiera recobrar el aliento Tag se puso un preservativo y volvió a colocarse sobre ella para posicionar su erección contra la parte más íntima de su cuerpo.

—Abre los ojos y mírame, Renee —le dijo en un susurro.

Cuando ella obedeció y Tag vio que sus ojos castaños estaban oscurecidos por el deseo no pudo evitar henchirse de orgullo.

—No veas a un hombre blanco cuando me mires —murmuró cuando empezaba a introducirse en ella—, ni pienses en mi estatus social —añadió con voz ronca—; piensa en la pasión, en el placer, piensa en mí simplemente como un hombre que te desea.

Continuó introduciéndose más adentro de ella, pero no apartó sus ojos de los de Renee en ningún momento.

—Di mi nombre, cariño.

Renee se mordió el labio inferior intentando evitar que las dudas y los miedos se apoderaran de ella. Sabía que si decía el nombre de Tag en ese momento, con él hundiéndose dentro de ella, se grabaría en su alma, en su corazón…

—Dilo, Renee.

Su miembro estaba dentro de ella, pero Tag se negaba a mover las caderas hasta que admitiera que lo que estaban compartiendo era pasión entre un hombre y una mujer, y que el color y el dinero no tenían nada que ver con ello.

—Di mi nombre —la instó de nuevo.

Renee le clavó los dedos en la espalda, incapaz de seguir conteniendo su deseo. Haría lo que le estaba pidiendo… pero sólo bajo sus propias condiciones.

—Di tú él mío primero —replicó.

Tag la miró, sonrió, y le acarició la mejilla con las yemas de los dedos.

—Renee —murmuró.

El tono en que pronunció su nombre fue tan tierno que Renee sintió que se derretía por dentro.

—Oh, Tag —murmuró—. Tag…

Él se inclinó hacia ella y hundió el rostro en el hueco de su cuello, al tiempo que la apretaba contra sí.

Sólo entonces comenzó a moverse, devorando sus labios y sus senos al tiempo que incrementaba el ritmo de las sacudidas de sus caderas.

Momentos después Renee alcanzaba el cielo seguida de él.

Tag nunca había tenido un orgasmo así, y el sexo nunca había sido una experiencia tan intensa ni tan hermosa para él. Tenía que hacer ver a Renee que no podía dejar que el miedo a lo que pudiera decir la gente gobernase su vida.

Capítulo Siete

Tag se despertó cuando los primeros rayos del sol comenzaron a filtrarse a través de las cortinas. Se giró sobre el costado y se encontró con que el otro lado de la cama estaba vacío.

En ese momento oyó ruido, como de agua y, después de mirar la hora en el reloj de la mesilla de noche y ver que ya pasaban de las seis, se dijo que Renee debía estar duchándose para ir al trabajo.

Volvió a tumbarse boca arriba y se tapó el rostro con un brazo para protegerse los ojos de la luz del día.

La noche anterior había sido especial para él en muchos sentidos, y aun estando como estaba exhausto por cómo se habían entregado a la pasión, estaba seguro de que si Renee saliese del cuarto de baño en ese momento lograría despertar su deseo de nuevo.

Sin embargo, a pesar de la química que había entre ellos y de lo bien que se complementaban en la cama, estaba convencido de que lo que habían compartido había sido mucho más que sexo.

Se había acostado con otras mujeres, pero con ninguna había experimentado lo que había experimentado con Renee.

Una sensación cálida parecía inundarlo cada vez que pensaba en ella, y en ese momento se dio cuenta de pronto al suspirar que había estado conteniendo el aliento.

No estaba seguro de qué era lo que le estaba ocurriendo, pero sí de que por Renee estaría dispuesto a enfrentarse a cualquier dificultad si aceptase darle una oportunidad e iniciar una relación con él.

Con ese pensamiento volvió a girarse sobre el costado, se tumbó boca abajo y, al cabo de un rato, se había quedado dormido de nuevo con el rostro hundido en la almohada.

Renee se ajustó el gorro de ducha bajo el chorro de agua caliente. Las agujetas que sentía en los muslos eran un recordatorio del tiempo que había pasado desde la última vez que había mantenido relaciones sexuales… y con la intensidad de la noche anterior.

Había perdido la cuenta de la cantidad de orgasmos que había tenido, aunque podía decir que cada vez había sido todavía más increíble que la anterior.

Sólo había tenido relaciones con otros dos hombres en toda su vida: uno era un chico con el que había salido en la universidad, y el otro Dionne. Ninguno de los dos había intentado nunca contenerse mientras hacían el amor para prolongar el acto sexual, ni tampoco habían antepuesto su placer al suyo propio. Tag en cambio sí.

Renee exhaló un suspiro. Un nuevo día había comenzado, pero ella seguía teniendo las mismas inseguridades que el día anterior. Nada había cambiado. Él seguía siendo blanco y ella negra; él seguía siendo rico y ella una chica de clase media.

Sin embargo, cuando se había levantado esa mañana y se había quedado mirándolo con una sonrisa en los labios, no había pensado en el color de su piel ni en su dinero, sólo en que le gustaría despertar cada mañana a su lado.

Aunque era viernes tenía trabajo esperándola en el hospital. Tag, ¡menuda suerte tenía!, seguramente no tenía que preocuparse por perder su puesto por llegar tarde, ya que la compañía era de su familia.

Además, debía de estar exhausto después de todas las veces que habían hecho el amor, así que probablemente dormiría hasta muy tarde.

Renee cerró el grifo, salió de la ducha, y se puso a secarse el pelo. Tenía una reunión a primera hora y no podía faltar a ella.

Tag se despertó algo sobresaltado al oír el motor de un coche, y cuando giró la cabeza hacia el otro lado de la cama vio una nota sobre la almohada que decía así:

He tenido que marcharme al trabajo. Gracias por lo de anoche; fue maravilloso. Renee

Una sonrisa afloró a sus labios. Renee siempre estaba dándole

las gracias por alguna cosa. Lo que habían compartido la noche anterior había sido maravilloso, como había escrito en su nota, y él había dormido mejor de lo que recordaba haber dormido en mucho tiempo, y en especial desde que le diagnosticaron a su madre que tenía cáncer y desde que su abuelo lanzara aquel desafío familiar en Nochevieja.

La noche anterior habían vivido una experiencia de pasión increíble, pero Tag aún no sabía si ella habría cambiado de idea respecto a la posibilidad de iniciar una relación con él.

Tenía que demostrarle que la diferencia en el color de la piel y en el estatus social que había entre ellos no debía importarles… y empezaría a demostrárselo ese mismo día, se dijo con firmeza.

Tras salir de la cama, e ir a sacar el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón, que seguía tirado en el suelo, llamó a su secretaria.

—Joanne, cancele todas las citas que tenga esta mañana y dígale a mi hermano Gannon que me llame cuando regrese de esa reunión que tenía con Rick Howard.

Después llamó a su padre para preguntarle cómo seguía su madre, y las noticias por desgracia no eran muy halagüeñas. Su madre seguía encerrada en sí misma, sin querer hablar con nadie, y todavía no se sentía preparada para verlos a sus hermanos y a él.

Con un suspiro, Tag llamó a una floristería para pedir que enviaran una docena de rosas rojas al hospital donde trabajaba Renee, y finalmente llamó a su buen amigo Alton Malone.

—Hola, Al; soy Tag. Quería preguntarte por una pintura que tenías expuesta en la sala Hollis el sábado; me gustaría comprarla. Tag sonrió cuando su amigo le dijo en broma que ya tenía bastantes cuadros suyos.

—No es para mí —le contestó—; es para alguien que he conocido, alguien muy especial.

Alton bromeó, preguntándole si tenía fiebre, y Tag sonrió de nuevo. Alton sabía, al igual que sus hermanos, que desde hacía un tiempo para él lo único que contaba era el trabajo.

—Oye, para ya —le dijo riéndose—; sí es alguien muy especial, y sí, es una mujer.

Sentada tras su escritorio, Renee se recostó en su asiento para admirar mejor el jarrón con las flores que le habían llegado ese mismo día. Decir que eran bonitas sería decir poco.

Lo malo era que rápidamente se había corrido la voz de que Renee Williams, la que casi nunca hablaba, la que nunca mencionaba haber tenido ninguna cita, debía haber encontrado un novio para que le hubiesen mandado una docena de rosas rojas.

Cuando apareció Diane con la excusa de ver las rosas, Renee se alegró inmensamente de haber quitado la tarjeta que Tag había adjuntado con ellas y de haberla guardado en un cajón. De hecho, nada más entrar y acercarse a ver el ramo rebuscó en él con muy poco disimulo. Era obvio que se creía con todo el derecho a leerla.

Por lo que a Renee respectaba, sin embargo, el contenido de la tarjeta era privado. Aprovechando que estaba sola en ese momento la sacó del cajón y la releyó una vez más:

La noche anterior significó para mí mucho más de lo que imaginas. Por favor, cena conmigo esta noche para que pueda demostrarte cuánto. Tag

Renee dejó escapar un suspiro. Según le había dicho Vicki, Tag había llamado dos veces mientras había estado en la reunión. Sin duda querría confirmar si estaría libre para cenar con él como le pedía en la tarjeta.

Renee se puso de pie y fue junto a la ventana. Aunque nunca se arrepentiría de lo que había compartido con él la noche anterior, una parte de ella sabía que era probable que con su actitud le hubiese dado a entender algo que no era.

No había cambiado de idea respecto a salir con él. Le gustaría que las cosas fueran distintas, pero la sociedad era como era y ella la había aceptado como tal. Si al menos Tag viera las cosas como ella en vez de querer ir contracorriente…

En ese momento sonó el teléfono, y Renee se volvió y fue hasta el escritorio para contestar.

—Dime, Vicki.

—El señor Teagan Elliott por la línea uno para usted, señorita Williams.

Renee cerró los ojos e inspiró con fuerza.

—Está bien; pásamelo —le dijo con las piernas temblándole cuando se sentó.

Se quedó esperando en silencio, y al cabo de un rato oyó la voz

de Tag.

—¿Renee?

La joven tragó saliva al oír su voz.

—Sí, Tag, soy yo —le respondió. Se humedeció los labios en ese gesto nervioso que la caracterizaba y fijó la vista en las flores—. Gracias por las rosas; son preciosas.

—Igual que tú —respondió él galantemente—. No creo que haya un solo centímetro de tu cuerpo que no sea hermoso.

Renee se sintió enrojecer y apartó la mirada de las flores, recordando que él había tocado y besado la noche anterior cada centímetro de su cuerpo.

—¿Cenarás conmigo esta noche? —le preguntó Tag—. Quiero llevarte a un sitio muy especial.

Renee se echó hacia atrás en su asiento.

—Tag, no creo que sea una buena idea.

—Pues yo creo que es una idea maravillosa —replicó él—. A menos claro que…

—¿A menos que qué? —inquirió Renee enarcando una ceja.

—A menos que te dé vergüenza que te vean en público conmigo.

Renee se irguió en el asiento.

—Perdona, pero no es eso y lo sabes —le replicó irritada—. El sábado estuvimos juntos y ayer por la noche también.

—Sí, pero técnicamente ninguna de las dos veces podría considerarse una cita, y yo quiero llevarte a cenar y a bailar.

—Pero, Tag, de verdad que no creo que sea una buena idea que sigamos adelante con esto —le imploró ella.

¿Por qué no podía comprender que pertenecían a mundos muy distintos en más de un sentido?

—Demasiado tarde, cariño; no creo que las cosas puedan ir más lejos de lo que fueron anoche. Y no me digas que sólo fue sexo porque tú y yo sabemos que no es verdad.

Renee bajo la vista. Sí, lo sabía, pero también sabía algo que él ignoraba: se había enamorado de él.

—Cena conmigo esta noche, Renee; por favor.

Renee levantó la cabeza con un suspiro. ¿Qué mal podía hacer que cenase con él? Quizá podría aprovechar la ocasión para convencerlo de que las cosas no eran tan fáciles como él las planteaba. Y en fin, ¿a quién quería engañar? Quería pasar más

tiempo con él, volver a hacer el amor con él… aun cuando sabía que no debería.

—Está bien, de acuerdo.

—¡Estupendo! Entonces reservaré mesa en el Harbor.

Renee tragó saliva. El Harbor era un ferry restaurante que recorría el río Hudson, y por lo que había oído era carísimo.

—¿El Harbor?

—Sí; el recorrido que hace tiene unas vistas preciosas y la comida es deliciosa —respondió Tag—. ¿Te parece que pase a recogerte sobre las siete?

—Sí, a las siete está bien.

—De acuerdo. Hasta luego.

Renee colgó el teléfono y suspiró, preguntándose si no habría cometido un error.

Tag miró a su hermano Gannon y luego otra vez a Marlene, sin saber qué decir. Había tenido el presentimiento de que había algo detrás de la repentina jubilación que había anunciado el senador Denton, pero no algo de ese calibre.

—¿Y estás segura de esto? —le preguntó a Marlene—. ¿Podemos fiarnos de tus fuentes?

—Sí, ya lo creo que sí; aquí está el nombre —le contestó ella dándole una hoja.

Tag la tomó y enarcó una ceja antes de pasársela a Gannon, que dejó escapar un largo silbido tras leerla. El nombre escrito en el papel era el de la sobrina del senador.

—¿Y cómo has conseguido hablar con ella y que te revelara esto? —le preguntó Gannon.

Marlene sonrió, obviamente satisfecha ante aquellas muestras de admiración.

—Jeanette y yo fuimos juntas a la universidad en Georgetown. Una vez empecé a hacerle preguntas se derrumbó y me lo contó todo. Es una persona muy íntegra, y me confesó que hacía ya tiempo que venía observando ciertas cosas en el comportamiento de su tío que no le gustaban. Hasta ahora había callado porque era su tío, pero me dijo que esto ha sido para ella la gota que colma el vaso —les explicó—. En fin, a mí me parece que tenemos algo importante aquí, algo que la gente tiene derecho a saber. Y lo mejor es que parece que *Time* no tiene ni idea de este asunto, lo cual nos

da ventaja sobre ellos.

Tag suspiró. Lo que la sobrina del senador les había revelado era algo muy grave. Según parecía, el senador había encubierto un caso de malos tratos en la prisión militar de Abu Ghraib, en Irak. Tal y como había dicho Marlene, la gente tenía derecho a saber qué clase de hombre era en realidad el senador Denton y, además, un artículo así sin duda los pondría por delante de las otras revistas de EPH. Los titulares impactantes atraían lectores, y tener más lectores implicaba que aumentarían las ventas.

Gannon se puso de pie y se frotó el rostro con una mano.

—Tendremos que atar muy bien todos los cabos antes de publicar esto —dijo—. El senador Denton es un hombre muy popular y respetado, así que cuando esto se destape será un auténtico escándalo, pero sí, quiero que sea nuestra revista quien lo descubra.

Tag sonrió. Entre eso y la cita de esa noche con Renee se sentía como el rey del mundo.

—Muy bien; entonces redactaré el artículo y Peter lo tendrá en su mesa el lunes —dijo Marlene.

Tag sacudió la cabeza.

—Ni hablar; éste artículo es tuyo y tú lo firmarás; has sido tú quien ha estado indagando para conseguir la información.

Gannon asintió.

—Y hablando de Peter… ¿dónde diablos está?

—Creo que todavía está almorzando —contestó Marlene mientras guardaba todos los papeles en una carpeta.

Cuando se hubo marchado Tag miró a su hermano y le dijo:

—Vamos a tener que hacer algo respecto a Peter; sabía perfectamente que hoy íbamos a tener esta reunión y aun así no ha venido.

Gannon iba a responderle cuando sonó el teléfono que había sobre su escritorio. Cuando levantó el auricular para contestar, Tag vio que estaba encendido el indicador de la línea privada e imaginó que debía tratarse de su prometida, Erika, así que se alejó hacia la ventana. Hacía un día precioso, y al ver las decoraciones con corazones de papel que estaban colocando en el escaparate de una librería recordó que el martes era el Día de San Valentín.

—Era papá —le dijo Gannon, tras colgar el teléfono.

Tag dio un respingo y se volvió, pero una sensación de alivio lo invadió al ver la sonrisa en los labios de su hermano. Sin duda se trataba de buenas noticias.

—Bueno, ¿y qué te ha dicho?

—Me llamaba para decirnos que Erika ha hablado con mamá y que mamá le ha dicho que estará encantada de ayudarnos con los preparativos de la boda. Dice que parecía muy ilusionada —le explicó Gannon—. Oh, y también me ha pedido que os diga a Liam, a Bridget y a ti que mamá quiere que cenemos juntos el domingo.

Una amplia sonrisa afloró a los labios de Tag.

—¡Eso es estupendo!

Gannon se rió.

—Sí, sí que lo es. Y es gracias a Renee. Al fin y al cabo fue a ella quien nos sugirió que el hacer que mamá se implicase en algo haría que mejorase su ánimo —respondió—. Dale otra vez las gracias de parte de todos cuando la veas.

Tag enarcó una ceja.

—¿Y qué te hace pensar que voy a volver a verla?

Gannon puso los ojos en blanco.

—Pues que vi cómo la mirabas la otra noche cuando cenó con nosotros en Une Nuit. Es obvio que te gusta. Y no te culpo; es muy bonita.

Tag bajó la vista a la mesa con una sonrisa tonta en los labios y se puso a juguetear con un clip.

—Esta noche voy a llevarla a cenar al Harbor —le confesó.

Estaba tan ilusionado con la idea de aquella cita que necesitaba contárselo a alguien.

Gannon esbozó una sonrisa socarrona y se echó hacia atrás en su asiento al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Al Harbor, ¿eh? Entonces es que debes estar muy interesado en ella.

Tag se levantó, se dirigió hacia la puerta, y se volvió sonriente hacia su hermano antes de salir.

—Sí, sí que lo estoy.

Asomada a la ventana de su dormitorio, Renee vio detenerse el Mercedes plateado de Tag delante del bloque de apartamentos donde vivía, y el corazón le latió con fuerza. Se quedó allí de pie, observándolo mientras salía del vehículo.

Como si hubiera intuido su presencia, Tag alzó la vista en ese momento y cuando sus ojos se encontraron sonrió. Un cosquilleo eléctrico recorrió la espalda de Renee y le pareció como si su corazón se hubiese saltado un latido. Tag levantó una mano y la saludó, y ella imitó el gesto sin ser consciente siquiera de lo que hacía.

Momentos después Tag llamaba al timbre. Renee inspiró profundamente y se esforzó por intentar mantener la calma mientras se dirigía al vestíbulo.

Lo que no se hubiera esperado nunca era que al abrir la puerta él fuese a tomarla entre sus brazos, cerrar con el pie, y capturar sus labios en un beso apasionado. Renee entrelazó los brazos en torno a su cuello y emitió un gemido ahogado.

Renee se dijo en ese instante que le daría igual que no la llevase al Harbor y se quedasen allí, devorándose el uno al otro, y cuando Tag despegó sus labios de los de ella apoyó la mejilla contra su pecho y pensó que nadie la había saludado jamás de una manera tan efusiva.

Alzó la vista hacia él al sentir su mano peinándole el cabello, y de pronto Tag aprovechó para tomar sus labios en un nuevo beso.

—Hoy he pensado mucho en ti —le dijo con voz ronca, mientras la besaba en el cuello.

—Yo también he pensado en ti —respondió ella con sinceridad.

Tag dio un paso atrás y, tomándola de la mano, la hizo girar como a una bailarina.

—Estás preciosa —le dijo.

Renee sonrió halagada, y se alegró de haber estado guardando aquel vestido de noche negro para una ocasión especial. Cualquier momento en compañía de Tag era especial.

—Gracias —murmuró.

Tag volvió a atraerla hacia sí, besándola hasta dejarla sin aliento, y Renee tuvo que recordarle que si no se marchaban ya el ferry zarparía sin ellos.

El Harbor resultó ser tan elegante como había imaginado Renee que sería. Cuando subieron a bordo un camarero los condujo a la mesa que Tag había reservado en el salón Tropicana, junto a uno de los enormes ventanales, a través de los cuales se podía admirar una bellísima vista panorámica del río.

Después de darles la carta, el camarero se retiró, dejándolos a solas, y a través de los altavoces comenzó a sonar una suave música que se mezcló con el suave runrún de las conversaciones de los otros comensales y el tintineo de cubiertos y copas. Renee vio que había una pista de baile, y se preguntó si Tag la sacaría a bailar después.

Nunca antes había cenado en un ferry, y todavía se le hacía raro.

—No puedo creer que debajo de nosotros haya agua —le dijo a Tag, riéndose nerviosa.

Tag se rió suavemente.

—Pues sí, la verdad es que cuando uno lo piensa parece un milagro que algo tan pesado pueda flotar, ¿verdad?

Renee asintió.

—¿Vienes aquí a menudo?

—He cenado unas cuantas veces aquí con mi familia, pero nunca antes había venido aquí con ninguna otra mujer —le contestó él, queriendo que supiera lo especial que era aquella noche para él.

Renee sintió que las mejillas se le teñían de rubor.

—Gracias por invitarme —le dijo.

Tag sonrió.

—Siempre estás dándome las gracias.

—Porque tú tienes siempre conmigo unos gestos muy bonitos.

Tag se inclinó hacia delante y le susurró:

—No puedo evitarlo; sacas lo mejor que hay en mí.

Renee sintió que se derretía por dentro.

En ese momento regresó el camarero con la botella de champán que Tag había pedido.

—¿Tenemos algo que celebrar? —le preguntó Renee curiosa.

Tag asintió.

—Mi padre llamó esta mañana para decirnos que mi madre ha aceptado ayudar a Erika con los preparativos de la boda, y que quiere que cenemos con ella el domingo.

El rostro de Renee se iluminó al oír la buena noticia. Sabía lo preocupado que había estado Tag por su madre.

—¡Oh, Tag, es maravilloso! Me alegro muchísimo. Sin duda el estar entretenida la ayudará a olvidarse un poco de la enfermedad.

—Gannon me pidió que te diera de nuevo las gracias por los consejos que nos diste —murmuró él—. Siempre estaremos en

deuda contigo.

—No, no, ni hablar. No me debéis nada. Como ya te dije, aprecio mucho a tu madre; me alegra haber sido de ayuda, pero no me debéis nada en absoluto.

Aquello era exactamente lo que a Tag le parecía tan especial de ella; lo que la hacía distinta del resto de las mujeres a las que había conocido. Era tan buena y tan modesta, tan dulce…

—Hagamos un brindis —le dijo alzando su copa—: porque mi madre se recupere.

Renee levantó también la suya.

—Por que se recupere —dijo.

Durante la cena continuaron charlando sobre su madre, y también hablaron del desafío que había lanzado su abuelo a la familia.

—Seguro que al final todo acabará bien, Tag, ya lo verás —le dijo Renee—. Por lo que me has contado parece que para tu abuelo la familia es algo muy importante. No imagino cómo podría hacer intencionadamente algo que pudiera desunirla. Tiene que tener alguna razón.

Tag asintió con un suspiro.

—Sí, supongo que sí.

El camarero se acercó en ese momento para retirarles los platos y les preguntó si tomarían postre.

Renee sonrió al hombre.

—No, gracias; no creo que pueda tomar nada más. Estaba todo delicioso.

Cuando el camarero se hubo marchado volvió a agradecerle a Tag que la hubiera llevado allí.

—Y yo te agradezco que te animaras a venir —le dijo él—. ¿Quieres bailar?

Los ojos de Renee se posaron en las parejas que giraban por la pista. Siempre le había gustado bailar, pero parecía que hiciese una eternidad de la última vez que lo había hecho. Dionne nunca la había llevado a bailar. Para él una cita era ir a su casa y que ella preparara la cena.

—¿Renee?

La voz de Tag la sacó de sus pensamientos.

—Sí, vamos a bailar —le respondió.

Cuando llegaron a la pista de baile sintió las miradas de algunas personas sobre ellos, pero las ignoró. Lo único que importaba en ese momento era que estaba con Tag.

Él la atrajo un poco más hacia sí, haciéndola estremecer de placer, y cuando le preguntó en un susurro si tenía frío sacudió la cabeza.

Era justo al contrario. En ese momento sentía como si una ola de calor estuviese envolviéndola.

Sus ojos se posaron en una pareja de cierta edad que bailaba cerca de ellos, y vio cómo la mujer le susurraba algo al oído a su marido antes de volver el rostro hacia ellos con una mirada desaprobadora.

Renee apoyó la mejilla en el pecho de Tag y cerró los ojos, concentrándose en la música. No iba a dejar que gente como aquélla le estropease la noche.

Siguieron bailando hasta que llegaron al final del trayecto, y mientras las demás parejas salían del comedor Tag se llevó la mano de Renee a los labios y le besó los nudillos.

—Espero que hayas disfrutado de la velada —le dijo.

Renee se sintió estremecer de nuevo por dentro y asintió.

—Ha sido todo perfecto —murmuró.

Tag sonrió, y mirándola a los ojos, le dijo:

—Tú has sido lo más perfecto de esta noche.

Renee no pudo evitar sonreír también. Si estaba intentando seducirla con su encanto, estaba consiguiéndolo.

—¿Nos vamos? —le preguntó él con un guiño—. Aún queda mucha noche por delante.

Renee asintió, y una nueva ola de calor la invadió al pensar en qué emplearían su tiempo durante el resto de la noche.

Capítulo Ocho

Sentada en uno de los sofás de cuero del amplio salón del apartamento de Tag, Renee observó a éste mientras ponía en marcha el equipo de música. Pronto una música suave, como de jazz, comenzó a sonar a través de los altavoces.

Cuando se habían bajado del Ferry y Tag le había preguntado si quería ir allí, Renee había vacilado un instante, recordando la mirada desaprobadora de aquella pareja en la pista de baile, pero finalmente había decidido que por esa noche no se preocuparía por lo que pensasen los demás. Esa noche quería pasar el mayor tiempo posible con él. Más tarde, cuando la llevase a casa, ya intentaría hacerle comprender que no podían volver a verse.

—¿Te apetece algo de beber?

Renee alzó la vista, y cuando sus ojos se encontraron con los de él, a pesar de la distancia que los separaba, sintió que se le cortaba el aliento.

—No, no quiero nada de beber —respondió, aunque de pronto se notaba la boca seca.

Tag comenzó a avanzar hacia Renee sin apartar sus ojos de los de ella.

—¿Qué es lo que quieres entonces? —murmuró.

Renee esbozó una sonrisa muy sensual.

—¿Por qué no lo averiguas? —le preguntó. Se pasó la lengua por los labios, sabiendo el efecto que causaría en él, y tras ver el deseo oscurecer su mirada bajó la vista hasta la bragueta de sus pantalones y vio cómo se marcaba la incipiente erección a través de la tela.

—Creo que lo haré —respondió Tag con voz ronca.

Renee volvió a alzar la vista a su rostro.

—¿Averiguar lo que quiero?

—No, seducirte para que me lo digas.

En vez de sentarse a su lado en el sofá la tomó de la mano para hacer que se levantara, y la apretó contra sí para que pudiera sentir lo excitado que estaba.

—Si supieras cuánto te deseo, Renee… —le susurró mirándola a los ojos.

—Yo también te deseo —murmuró ella en un hilo de voz.

Entonces, como si sus palabras hubiesen sido el permiso que hubiera estado esperando, Tag se inclinó y tomó sus labios en un beso apasionado que hizo a Renee gemir extasiada.

Tag le acarició luego la mejilla con el dorso de la mano.

—Quiero que me digas qué es lo que quieres, cariño —le dijo—. Haré todo lo que tú me pidas.

Ella lo miró a los ojos y le contestó:

—Para empezar llévame al dormitorio y quítame la ropa.

Tag la alzó en volandas, e instantes después estaban en su habitación.

—Ahora vamos con ese vestido —murmuró cuando la hubo depositado en el suelo.

La hizo darse la vuelta para bajarle la cremallera, y cuando sus dedos le rozaron la espalda al hacerlo y vio que no llevaba sujetador debajo, se sintió aún más excitado. Dejó caer el vestido al suelo y Renee se giró hacia él de nuevo.

—Quiero que hagas lo que hiciste el otro día —le pidió Renee tomando sus manos y colocándolas sobre sus senos—. Quiero que los beses, que los lamas, que los mordisquees…

Tag no se hizo de rogar. Sacó la lengua y chupó con la punta un pezón antes de engullir la areola en su boca. Cuando la escuchó jadear y sintió que le temblaban las rodillas recordó el orgasmo que había tenido la vez anterior cuando había estado estimulando su senos, y decidió que en esa ocasión quería prolongar su placer y hacer que lo desease tanto como él la deseaba a ella.

Alzándola en volandas de nuevo, la llevó a la cama y la tumbó boca arriba. Luego le levantó las caderas para sacarle las medias y quitarle el tanga que llevaba puesto, y acarició con los dedos los rizos húmedos de su pubis antes de comenzar a introducirlos en su vagina.

Renee cerró los ojos, concentrándose en el placer que estaba experimentando, y pronto comenzó a rogarle entre gemidos que le diera lo que necesitaba: tenerlo dentro de ella.

Tag dio un paso atrás para quitarse la ropa, y cuando estuvo desnudo por completo ante ella vio cómo los ojos de Renee lo recorrieron hasta detenerse en su erección.

—Dime qué es lo que quieres —le dijo sintiendo que no podría seguir controlándose mucho más.

—Te quiero dentro de mí —le susurró Renee.

Tag sacó un preservativo del cajón de la mesilla de noche. La caja que tenía allí guardada estaba entera; Renee era la primera mujer a la que había llevado a su apartamento. Siempre lo había considerado como su santuario, pero con Renee las cosas eran distintas; quería llenar el apartamento con su recuerdo; cada habitación.

Se subió a la cama con ella y volvió a tomar sus labios en un beso apasionado antes de introducirse en ella de una sola embestida. Inspiró profundamente, inhalando el aroma femenino de su cuerpo, y Renee se arqueó, haciéndolo llegar aún más adentro de sí.

Tag comenzó a moverse, marcando primero un ritmo suave, maravillándose de cómo parecían encajar, como las piezas de un puzzle, y después más rápido, cuando ella comenzó a gemir, pidiéndole que le diera más.

¿Cómo habría podido negarle nada? Cuando les sobrevino el orgasmo Renee gritó su nombre y él se derrumbó sobre ella.

Permanecieron abrazados, él todavía dentro de ella, y Tag la miró a los ojos, diciéndose que Renee era como un sueño hecho realidad. La besó, queriendo transmitirle en ese beso todo lo que sentía por ella, y agradeció a Dios que hubiese puesto en su camino a aquella increíble mujer.

Cuando Tag acabó de vestirse se volvió hacia Renee, que estaba poniéndose de nuevo el vestido. Se quedó mirándola un buen rato, sintiendo algo que nunca había sentido, algo cálido que no sabría definir.

No podía negarse que la química entre ellos era increíble, pero no se trataba sólo de sexo. Le gustaba hacer cosas con Renee, pasar tiempo con ella, compartir sus pensamientos. Aquella noche,

durante la cena, cuando habían estado hablando de su trabajo, y del desafío que había lanzado su abuelo, Renee lo había escuchado atentamente, pero también le había hecho varios comentarios que le habían hecho pensar.

Le había dicho por ejemplo que si aquella situación los tenía en tensión a sus primos, a sus hermanos, y a él, debería intentar imaginar cómo estarían sintiéndose las personas que no eran de su familia y trabajaban también en EPH. Probablemente estarían preocupados por qué pasaría con sus empleos si la revista para la que trabajaban no conseguía reportarle a la compañía los beneficios esperados al final del año. Y seguramente también estarían preocupados pensando que quizá el nuevo presidente de la compañía hiciese cambios en la plantilla cuando ocupase el cargo.

Sólo Renee, que siempre pensaba en el bienestar de los demás, había tenido aquello en cuenta. Sí, Renee siempre tenía en cuenta lo que los demás pensaran o sintieran… y aunque era una virtud también era el origen de sus problemas, el motivo por el cual aún tenía dudas respecto a iniciar una relación seria con él, se dijo mientras la observaba peleándose con la cremallera del vestido.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó acercándose.

Renee lo miró por encima del hombro con una sonrisa.

—Sólo si la ayuda es para subirme la cremallera y no para quitarme el vestido —le dijo.

Tag se rió y se la subió antes de rodearle la cintura con los brazos y atraerla hacia sí.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte a pasar la noche? —le preguntó mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. Te prometo que valdría la pena.

Renee suspiró y se echó hacia atrás, deleitándose en la calidez de su cuerpo. Nada le gustaría más que quedarse a pasar la noche con él, despertarse con él a su lado, como la noche anterior, pero sabía que si lo hacía luego le costaría mucho más decirle lo que le tenía que decir.

—No, Tag, no creo que sea una buena idea —le respondió quedamente.

—¿Por qué no? —quiso saber él, haciéndola volverse.

Renee puso los ojos en blanco.

—¿Que por qué? Pues porque… porque… ¿qué pensarían tus

vecinos si me viesen salir de tu apartamento por la mañana temprano?

—Que soy un hombre muy afortunado.

Renee suspiró de nuevo. Aquella noche había sido muy hermosa y no quería estropearla, pero necesitaba que Tag comprendiera.

—No todo el mundo pensaría eso, Tag. Habría algunos a los que les parecería mal.

Tag frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Pues eso sería problema suyo; no nuestro.

Renee sacudió la cabeza.

—¿Pero y qué me dices de tu familia?

—Ya te he dicho que me da igual lo que piensen.

Renee se cruzó de brazos también y alzó la barbilla.

—Pues a mí no. Me sentiría incómoda por ti y por mí si no me aceptaran —le espetó—. Y tú mismo me has dicho que tu abuelo es un hombre con una moral muy rígida que no permitiría que bajo ningún concepto se manchase el nombre de la familia.

—¿Y a ti te parece que el que salgamos juntos sería manchar el nombre de la familia? —inquirió Tag, que no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—A mí no, pero hay otras personas que sí lo verían así.

Tag se frotó la nuca.

—¿No te parece que estás llevando esto al extremo, Renee? —le dijo, intentando hacerla entrar en razón—. Vayas donde vayas hoy en día verás alguna pareja interracial. Esto es Nueva York, por amor de Dios. ¿Por qué no miras a tu alrededor? Las cosas están cambiando. A la gente le da igual; lo que les preocupa es la economía, la salud de sus hijos, que tengan una buena educación…

—Para tu información, Teagan Elliott, hay muchas personas a quienes no les da igual.

—¿Y qué? ¿Vas a tirar la toalla por lo que piense un puñado de personas con prejuicios?

Renee lo miró irritada.

—No estoy tirando la toalla.

—¿Y entonces cómo lo llamas? —le espetó él—. Tú me gustas, Renee; nos gustamos; pero aun así no quieres salir conmigo por el qué dirán.

—Mira, Tag, puede que algún día las cosas de verdad cambien,

pero…

—Yo no quiero esperar a que cambien. Lo único que tenemos es el hoy, el ahora. Me da igual que tu piel sea más oscura que la mía. Para mí lo único que cuenta es que me importas, y que quiero estar contigo y conocerte mejor —le dijo tomando su mano y entrelazando sus dedos con los de ella—. Dame una oportunidad, Renee; danos una oportunidad a los dos —le pidió con una sonrisa.

Renee sintió que el corazón iba a estallarle de amor por aquel hombre que estaba frente a ella. Se miró en sus ojos azules y vio que las palabras que había pronunciado eran sinceras.

—Creo… —le dijo con voz temblorosa por la emoción—… que has hecho una magnífica exposición de los hechos.

—¿Y? —inquirió él impaciente, atrayéndola hacia sí.

Renee puso las manos en su pecho y sintió los fuertes latidos de su corazón.

—Y creo que quizá tengas razón y debamos intentarlo a ver qué pasa —murmuró.

—Yo te diré lo que pasará —murmuró él inclinando la cabeza—: pasará que un día nos preguntaremos por qué tuvimos esta discusión.

Renee abrió la boca para protestar, pero los labios de Tag descendieron sobre los suyos y, segundos después, cuando el beso acabó y Tag le preguntó de nuevo en un susurro si se quedaría a pasar la noche, no pudo decirle que no.

Tag sonrió y la besó otra vez mientras le bajaba la cremallera que había subido hacía un momento.

Capítulo Nueve

—Tag, ¿sigues con nosotros? —inquirió Gannon chasqueando los dedos delante de la cara de su hermano.

Tag dio un respingo al oír su nombre, y vio que Gannon, Erika, Liam, y Bridget estaban mirándolo con una sonrisa maliciosa. Obviamente se habían dado cuenta de que estaba soñando despierto.

Estaban sentados en la sala de estar de la casa de sus abuelos en la finca The Tides, donde su padre había llevado a su madre para que descansara y se recuperara de la operación.

—Sí, sigo con vosotros, lo que pasa es que esto parece un velatorio —respondió burlón—. ¿Podríamos hablar de otra cosa que no sea el trabajo? A este paso voy a acabar quedándome dormido.

—Tal vez podrías hablarnos de ese musical que fuiste a ver en Broadway el sábado por la noche —dijo Bridget subiendo y bajando las cejas.

Tag puso los ojos en blanco. Sin duda su hermana sabía aquello por Caroline Dutton, una amiga del instituto a la que había visto esa noche en el teatro. Y por el tono en que lo había dicho probablemente Bridget sabía también con quién había ido.

—Puedes contárselo a quien quieras —le dijo echándose hacia atrás en el asiento con una amplia sonrisa—. No es ningún secreto de estado.

Cuando se había despertado junto a Renee el sábado por la mañana se había sentido el hombre más afortunado sobre la faz de la tierra. Después de hacerle el amor se habían duchado juntos, y luego la había llevado a su casa para que se cambiara de ropa.

Había conseguido convencerla para ir a ver un musical que habían estrenado hacía poco, y lo habían pasado estupendamente.

Después la había llevado a su casa y se había quedado a pasar la noche allí.

—Tag, por Dios, la sonrisa que tienes ahora mismo es de lo más empalagosa —dijo su hermano Liam.

—¿Ah, sí? —contestó Tag sin poder dejar de sonreír—. Lo siento.

Sabía que todos sentían curiosidad, pero no tenía la menor intención de compartir con ellos el motivo por el cual se sentía pletórico. Por el momento quería mantenerlo en secreto.

—La cena está servida.

Tag se puso de pie, agradeciendo para sus adentros la interrupción de Olive, el ama de llaves. Olive y su marido Benjamin llevaban trabajando muchos años como guardeses de la finca. Olive, como ama de llaves, era quien estaba a cargo del personal de servicio que trabajaba en la casa, y Benjamin del personal que se ocupaba del cuidado de los jardines.

Los demás abandonaron la sala de estar para ir al comedor, pero Tag se quedó rezagado y le preguntó a Olive si sabía si su madre bajaría a cenar con ellos.

—Creo que sí; estaba arreglándose hace un momento —le contestó la mujer con una sonrisa—. No sé de quién fue la idea de que organizara los preparativos de la boda de Gannon y Erika, pero ha sido una gran idea. Está mucho más animada.

Tag se alegró de oír eso. Había estado muy preocupado porque su madre pudiera acabar cayendo en una depresión.

—Estoy deseando verla.

No la había visto desde el día que le habían dado el alta tras la operación.

—Y ella está deseando veros a todos. Estas últimas semanas han sido muy difíciles para ella.

Tag asintió en silencio.

—¿Cuándo regresan mis abuelos? —le preguntó a Olive.

Se habían marchado a Florida hacía unos días para asistir a una reunión de la Sociedad Americana de Hijos de Inmigrantes Irlandeses de la que eran miembros.

—A finales de la semana próxima, para la boda de Gannon y Erika. Además, como sabes, ese mismo día celebran su aniversario —respondió la mujer—. Han llamado todos los días para preguntar

cómo estaba tu madre, y antes de irse me pidieron que hiciera todo lo posible para que se sintiera cómoda y recobre fuerzas para cuando empiece con la quimioterapia.

Tag suspiró y se frotó el rostro con una mano. La verdad era que no quería pensar en eso; había oído que era un tratamiento bastante agresivo.

En ese momento se oyeron voces, y Tag se giró. En el rellano superior de la escalera de mármol estaban sus padres. Él estaba diciéndole algo al oído a ella, y su madre sonrió y se quedaron mirándose como dos adolescentes enamorados.

Su madre estaba algo pálida y parecía cansada, pero se la veía más animada, y le había vuelto el brillo a los ojos.

Siempre había admirado la relación de amor, respeto mutuo y confianza que tenían sus padres, pero por primera vez en su vida se encontró deseando poder tener algún día algo parecido, compartir su vida con una mujer que fuera no sólo su esposa, sino también su mejor amiga.

—Dejémosles un rato a solas —le susurró Olive al oído.

Tag sonrió y salieron los dos.

Tag se sentía feliz de ver a su madre más animada. De hecho, en cierto modo la cena fue como en los viejos tiempos, cuando ni sus hermanos ni él se habían independizado aún y cenaban todos juntos en casa. Sin embargo había algo que era distinto: su padre no salió corriendo en medio de la cena porque tenía que ir a la oficina para ocuparse de algún asunto urgente, y después del postre siguieron charlando relajadamente durante media hora larga.

Su padre había salido un momento porque lo habían llamado por teléfono y sus hermanos ya se habían marchado, pero Tag se quedó sentado en el comedor con su madre. Siempre habían tenido una relación muy estrecha, quizá porque él era el pequeño, y siempre agradecía los acertados consejos que les daba a sus hermanos y a él.

—Bueno, ¿y qué me cuentas tú, Tag?, ¿cómo estás?, ¿cómo te va? —le preguntó su madre con una sonrisa afectuosa.

Tag sonrió también.

—Ahora que veo que tú estás mejor me siento mucho más tranquilo.

—¿Y cómo van las cosas en el trabajo? —inquirió ella.

—Bien, aunque estoy un poco enfadado con el abuelo por toda la tensión que se ha creado en la oficina desde que lanzó ese desafío el día de Nochevieja. No entiendo en qué estaba pensando cuándo se le ocurrió hacer eso. Papá es el mayor; todos estábamos convencidos de que sería él quien le sucedería como presidente de la compañía. No comprendo por qué ha tenido que hacer esto.

Karen Elliott asintió en silencio.

—Todos opinamos lo mismo, y sé que a tu padre le ha dolido bastante, pero tú lo conoces tan bien como yo: siempre acata lo que dice tu abuelo.

Su madre se quedó callada un momento antes de mirarlo a los ojos y preguntarle.

—¿Y cómo te va a ti?, ¿has conocido a alguien especial?

Tag tuvo la sensación de que su madre no estaba preguntándole sólo por curiosidad, y se preguntó si sus hermanos o su padre le habrían mencionado algo sobre Renee.

En ese momento recordó cómo se había sorprendido su padre aquel día en el hospital cuando se había referido a Renee por su nombre de pila, y concluyó que debía haber sido él.

Con su madre no podía ni quería tener secretos.

—Sí, he conocido a alguien muy especial, una mujer encantadora y preciosa. Hemos tenido algunos problemas porque no quería tomarme en serio, pero creo que finalmente he logrado convencerla.

—¿Es Renee?

Tag enarcó una ceja. Sí, tal y como había sospechado debía haber sido su padre quien se lo había dicho.

—Sí, es Renee; estamos saliendo juntos.

Su madre sonrió.

—Es una chica muy guapa y sé de primera mano lo amable y buena que es. Siempre le estaré agradecida por lo mucho que me ayudó antes y después de la operación —dijo—. Me alegro mucho por ti hijo.

Tag sonrió también, y su madre se quedó callada un momento antes de preguntarle:

—Lo que me has dicho antes de que Renee no te tomaba en serio… ¿quieres decir que no tenía claro que quisiera tener una relación contigo?

Tag se rió suavemente, pensando que aquélla era una manera de decirlo.

—Sí, tenía dudas respecto a que lo nuestro pudiera funcionar; le preocupa lo que pueda decir la gente porque yo soy blanco y ella negra.

—¿Le preocupa que nosotros no aprobemos vuestra relación?

—Sí, eso también. No voy a negar que allí donde vamos siempre hay alguien que se queda mirándonos de un modo crítico, pero mientras que a mí no me cuesta nada ignorar a esa clase de gente, ella se pone muy tensa.

Su madre asintió.

—Por lo que se refiere a nosotros no creo que ni tu padre ni tus hermanos pongan reparos, aunque ya conoces a tu abuelo; lleva siempre al extremo eso de proteger el nombre de la familia.

Tag frunció el entrecejo.

—Lo sé, y cuando llegue el momento me enfrentaré a él si es necesario. Bajo ninguna circunstancia dejaré que ni él ni ninguna otra persona me diga cómo tengo que vivir mi vida.

Su madre puso una mano sobre la de él, que descansaba encima del mantel.

—Si me lo permites querría darte un consejo.

—Claro. Te escucho, mamá.

Su madre inspiró profundamente y exhaló un suspiro.

—Desde que me diagnosticaron el cáncer he estado reflexionando mucho, y por primera vez me he dado cuenta del poco tiempo del que disponemos para hacer lo que soñamos con hacer y para estar con las personas que significan algo para nosotros. Y eso me ha hecho ser más consciente de que no merece la pena sacrificar esas dos cosas por nada; ni por poder, ni por orgullo, ni por prestigio —le dijo—. Tienes que luchar por lo que crees, hijo. La vida es demasiado corta; haz lo que te haga feliz sin preocuparte por lo que puedan pensar los demás.

Tag sonrió, y besó la mano de su madre.

—Gracias, mamá; seguiré tu consejo.

—¿Cómo encontraste a tu madre? —le preguntó Renee a Tag, dejándose caer en el sofá.

Cuando había oído el teléfono sonar el corazón le había dado un vuelco en el pecho y había tenido el presentimiento de que al

descolgarlo y contestar oiría la voz de Tag.

—Teniendo en cuenta por lo que está pasando está bastante animada —le contestó él—. Y también parece que se está restableciendo rápidamente.

—Eso es estupendo.

—Y está muy ilusionada con los preparativos de la boda de Gannon y Erika. Mi padre me ha dicho que se pasa el día llamando a salones de bodas, floristerías, y mirando catálogos —le dijo riéndose suavemente. Se quedó callado un momento, y luego añadió—: Tuve la oportunidad de hablar a solas con ella, y le dije que estábamos saliendo.

Renee inspiró nerviosa y tragó saliva.

—¿Y qué te dijo? —le preguntó intentando que su voz no sonara temblorosa.

—Sonrió y me dijo que le parecías una chica maravillosa, que se sentía muy agradecida hacia ti por lo bien que te has portado con ella, y que se alegraba mucho.

Renee sintió que una ola de felicidad la inundaba y a sus labios afloró una sonrisa.

—¿De verdad dijo eso?

—Sí, de verdad —asintió él—. Dime, ¿estás libre el martes por la noche?, ¿querrías salir conmigo?

—¿El martes?

—Sí, es el Día de San Valentín.

—Oh —musitó Renee. Hacía ya dos años que no celebraba ese día, y lo había olvidado por completo—. ¿Y quieres que salgamos?

—Eso he dicho. ¿Te parecería bien que pasara a recogerte sobre las siete?

Renee inspiró. Todavía tenía dudas, pero le había prometido a Tag que le daría una oportunidad a su relación.

—Sí, a las siete me va bien —contestó—. ¿Tengo que vestirme formal o…?

—Bueno, no demasiado formal; voy a llevarte a una fiesta que organiza cada año por estas fechas en el Rockefeller Center una asociación benéfica con la que colabora mi madre.

Renee se irguió nerviosa en el asiento. No sabía si se sentía preparada para ir con Tag a un acto público de esa magnitud. De pronto le entró pánico.

—Tag…

—¿Sí, cariño?

Cuando lo oyó llamarla así, Renee sintió que se derretía. No, no podía ser tan cobarde.

—Nada. Nos vemos el martes.

—Estoy deseando que llegue el día —murmuró él.

Renee sonrió y le dio las buenas noches. Tan pronto como hubo colgado las dudas y los nervios volvieron a asaltarla, pero inspiró profundamente y se dijo firmemente que no dejaría que esos miedos irracionales pudieran con ella. Seguiría los dictados de su corazón y el tiempo diría.

—¿Qué opinas, Erika? —le preguntó Tag a la prometida de su hermano.

Erika frunció los labios y suspiró antes de mirar a Gannon, Tag y Marlene.

Estaban sentados los cuatro en torno a la mesa circular de la sala de reuniones, hablando del artículo sobre el senador Denton que Marlene había preparado.

—Creo que Marlene ha hecho un trabajo excelente —contestó finalmente con una sonrisa—. Y creo que debería ser tema de portada.

Gannon enarcó una ceja.

—¿En el número del mes que viene de la revista?

Erika sacudió la cabeza.

—Ni hablar; deberíamos sacar un número especial. Si esperamos demasiado para publicarlo corremos el riesgo de que *Time* se nos adelante. Antes o después ellos también sospecharán que hay algo detrás del hecho de que el senador Denton haya decidido dejar de pronto la política, y empezarán a indagar.

Tag asintió.

—Muy bien, entonces estamos de acuerdo —dijo entusiasmado, antes de volverse hacia Marlene—. Por cierto, yo también quiero felicitarte por el artículo como ha hecho Erika.

—Gracias —respondió Marlene con una sonrisa de oreja a oreja —. Y gracias por darme la oportunidad de escribirlo.

Cuando la joven se hubo marchado, Erika le preguntó a los hermanos:

—Y a todo esto… ¿dónde está Peter?

Gannon dejó escapar un suspiro.

—No lo sé. Ésta es otra reunión más a la que falta.

Antes o después tendría que hablar con su padre de él.

Esa tarde Tag había quedado con Liam, Bridget y sus primos Scarlet y Bryan para cenar en el restaurante que regentaba éste último, Une Nuit, pero cuando llegó los vio a todos algo tensos.

—¿Ha pasado algo? —les preguntó después de sentarse.

Su hermana suspiró exasperada y contestó:

—Nada, excepto que esta mañana he visto a Cullen en la oficina y le he preguntado cómo les iba en *Snap* y si las miradas matasen habría caído fulminada allí mismo, en el pasillo. ¡Ni que le hubiera pedido que me revelara un secreto de estado!

—Yo creo que estáis todos muy susceptibles por el desafío del abuelo —dijo Bryan en defensa de su hermano pequeño—. Ahora más que nunca me alegro de tener mi propio negocio.

Tag asintió.

—Bryan tiene razón. Si estamos así es por culpa de ese condenado desafío. Siempre habíamos trabajado juntos por el bien de la compañía; nunca nos habíamos visto en esta situación, teniendo que competir unos con otros. A mí me parece que el tener espíritu competitivo es algo bueno, pero no deberíamos olvidarnos de que somos familia.

Liam tomó un sorbo de su copa de vino.

—Estoy de acuerdo con Tag.

Scarlet puso los ojos en blanco y se rió.

—¿Cómo ibas a no estar de acuerdo? Al fin y al cabo te ocupas de las finanzas de la compañía y no te pones de parte ni de unos ni de otros —dijo—. Pero sí, esta idea del abuelo es una locura. Si ahora estamos así, cuando pasen unos cuantos meses más estaremos tirándonos de los pelos —se volvió hacia Scarlet—. Y cambiando de tema… ¿Cómo es que no ha venido Summer? —le dijo preguntándole por su hermana gemela.

—Quería comprarse un traje para la fiesta benéfica de mañana por la noche y se ha ido de compras. Parece que está muy ilusionada con esa fiesta.

Bridget sonrió.

—Igual que yo; me alegra no ser la única.

Tag se echó hacia atrás en su asiento, pensando en Renee, y dijo:

—Yo también estoy deseando que llegue mañana por la noche.

Renee se miró en el espejo de pie que tenía en su dormitorio, incapaz de creer cómo podían transformar a una persona una visita a la peluquería y un vestido nuevo.

El día había empezado con una nota muy tierna y romántica: le habían llevado una caja de bombones al hospital y, aunque su secretaria la había mirado con curiosidad al dársela, como de costumbre había respetado su privacidad y no le había hecho ninguna pregunta al respecto. La tarjeta que Tag había adjuntado con la caja ponía simplemente: *Feliz Día de San Valentín.*

Luego, por la tarde, al poco de llegar a casa, llamaron a la puerta. Era un mensajero con un paquete, y su sorpresa fue mayúscula cuando al abrirlo se encontró con que era el cuadro de aquel pintor llamado Malone, aquél del que se había enamorado en la galería que había visitado con Tag.

No quería ni pensar en cuánto habría pagado Tag por el cuadro, pero cuando llamó a Tag al móvil para decirle que no podía aceptarlo él le dijo que de ninguna manera podía devolverlo, que se sentiría muy dolido si rechazaba su regalo, y sin darle tiempo a decir nada se despidió de ella y colgó el teléfono.

Dio un paso atrás y se miró de nuevo en el espejo. Le gustaba el aire sofisticado que le daba el vestido de terciopelo rojo que se había comprado. Era ligeramente ceñido, con un escote en uve adornado con pequeños abalorios plateados, finos tirantes, y el bajo, que tenía un poco de vuelo, le quedaba justo por encima de las rodillas.

Quizá fuera un vestido demasiado fresco para la estación, pero encima llevaría una capa a juego que la protegería del frío. Le habría gustado que su amiga Debbie estuviese allí para darle su parecer y decirle que no tenía por qué estar nerviosa, pero no regresaría a Nueva York hasta el sábado.

Al ver a Renee, Tag se dijo que esa noche estaba más hermosa que nunca, y se sintió afortunado de que fuera a ser su pareja en la fiesta.

—Estás preciosa —le dijo entrando en su apartamento y entregándole una rosa roja,

—Gracias —respondió ella acercándosela a la nariz para inhalar su suave perfume—. Tú también estás muy guapo.

La intensa mirada de Tag estaba haciéndola sentirse acalorada y tenía el presentimiento de que si no se marchaban ya llegarían bastante tarde a la fiesta.

—¿Nos vamos? —le preguntó entrelazando su brazo con el de él.

Tag esbozó una sonrisa traviesa, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Sí, será mejor que nos vayamos ya o no llegaremos.

Cuando bajaron y salieron a la calle Renee se encontró con que Tag había alquilado una limusina para que los llevara a la fiesta. Varios curiosos estaban asomados a sus ventanas, pero Renee los ignoró como pudo y entró en el vehículo.

Minutos después llegaban al Rockefeller Center, y los nervios volvieron a asaltar a Renee cuando se acercaban, al ver que la entrada principal, donde se había extendido una alfombra roja que iba de la puerta al bordillo de la acerca, estaba rodeada por reporteros, fotógrafos, y cámaras de televisión.

—A esta fiesta suelen venir muchos famosos —le explicó Tag—. Mira, ésos son John Travolta y su mujer —añadió señalándole a la pareja, que estaba entrando en ese momento en el edificio entre una lluvia de flashes.

Cuando su limusina se detuvo frente a la entrada un hombre con uniforme les abrió la puerta del coche y en cuanto se apearon del vehículo las luces de los flashes los cegaron a ellos también. Renee intentó mantener la calma diciéndose que cuando se diesen cuenta de que no eran famosos se desharían de esas fotos, sonrió a Tag cuando tomó su mano para hacer que entrelazara su brazo con el suyo, y juntos entraron en el edificio. Las primeras personas a las que reconoció cuando pasaron al salón donde se estaba celebrando la fiesta fueron Gannon y Erika. Renee pensó que se sorprenderían al ver que era la pareja de Tag, pero no parecían sorprendidos, ni hicieron ningún comentario al respecto.

Tag la llevó por todo el salón, presentándole a distintas personas, y parecía verdaderamente que conocía a medio Nueva York.

La cena consistió en una sucesión de selectos platos de extravagantes nombres y porciones minúsculas, pero todo estaba

delicioso, y Renee se sintió aliviada de que los hubiesen sentado en la misma mesa que a Gannon y Erika y el primo de Tag, Cullen, y su pareja.

—Baila conmigo —le dijo Tag poniéndose de pie cuando la orquesta empezó a tocar.

Sin vacilar, Renee tomó la mano que le estaba ofreciendo y dejó que la condujera a la pista de baile.

Una vez allí, Tag le rodeó la cintura con los brazos para atraerla hacia sí, y Renee sonrió ya más relajada, diciéndose que al menos por el momento todo estaba resultando perfecto. Además, con la cantidad de famosos que habían acudido a la fiesta, nadie iba a fijarse en ellos.

Mientras bailaban, Tag inclinó la cabeza y le susurró al oído:

—Gracias por aceptar mi invitación.

Su aliento cálido y la leve caricia de sus labios hicieron que un cosquilleo delicioso la recorriera de arriba abajo.

—Gracias a ti por invitarme.

Tag se rió suavemente.

—Ya estamos otra vez dándonos las gracias el uno al otro como si fuésemos discos rayados —murmuró—. Si estuviéramos a solas te lo agradecería de una manera mucho más apropiada.

Renee echó la cabeza hacia atrás para mirarlo y esbozó una sonrisa.

—¿Y qué manera es ésa? —inquirió divertida.

Tag volvió a inclinar la cabeza y le susurró al oído exactamente lo que quería hacer durante el resto de la noche con ella cuando por fin estuvieran a solas. Renee se rió.

—Menos mal que no me sonrojo con facilidad.

Cuando la pieza que estaban bailando terminó y se dirigían de nuevo a su mesa, alguien llamó a Tag y, al volverse, una mujer se arrojó sobre Tag y lo besó en los labios con una familiaridad que dejó pasmada a Renee.

—¿Dónde has estado escondido todo este tiempo, Tag? Hacía meses que no nos veíamos.

—Hola, Pamela —la saludó él con una leve sonrisa, antes de rodear la cintura de Renee con un brazo y atraerla hacia sí—. Renee, ella es Pamela Hoover, una vieja amiga —se la presentó.

—¿Qué tal? —la saludó la mujer con indiferencia, antes de

volverse de nuevo hacia Tag—. ¿Qué vas a hacer el viernes por la noche? Tengo entradas para…

—Lo siento, pero Renee y yo ya tenemos planes para ese día —la interrumpió él. No era verdad, pero Renee no lo contradijo.

—Oh —musitó la mujer, dedicándole una breve mirada de desdén a Renee—. Bueno, entonces quizá podríamos quedar otro día, para recordar los viejos tiempos. Llámame si te apetece que nos veamos.

Cuando se hubo alejado, Tag pareció pensar que le debía a Renee una explicación, porque le dijo:

—Pamela y yo estuvimos saliendo el año pasado, pero las cosas entre nosotros no funcionaron, entre otras cosas porque era muy absorbente, y acabamos rompiendo.

—Ya veo —fue lo único que dijo Renee.

Iba a añadir que le había dado la impresión de que la tal Pamela parecía ansiosa por conseguir que le diese otra oportunidad, pero no quería que Tag pensase que estaba celosa… aunque la verdad era que lo estaba.

—Ven, acabo de ver a alguien que me gustaría que conocieras —le dijo Tag dejando el tema y tomándola de la mano.

Dócilmente, Renee permitió que la condujera al otro extremo del salón, y apenas pudo contener su sorpresa cuando se detuvieron al llegar junto a un hombre joven y Tag le dijo que era un buen amigo suyo llamado… Alton Malone.

Renee sonrió hecha un manojo de nervios cuando estrechó la mano que le ofreció el pintor.

—Es… es un placer conocerlo —balbució—. Tag no me había dicho que fueran amigos.

Alton Malone se rió y sacudió la cabeza.

—Seguramente la quería a usted para él solo y temía que yo se la arrebatase con mi encanto personal —bromeó—. Tengo entendido que le gustan mis cuadros.

—Oh, sí, muchísimo. De hecho, hoy me he sentido muy feliz cuando Tag me ha regalado por San Valentín una de sus obras.

—En ese caso espero que venga con Tag a la exposición privada que haré el viernes por la noche en un museo de Harlem.

Renee miró a Tag, preguntándose si ésos serían los planes a los que se había referido para pararle los pies a la tal Pamela, y al ver

la sonrisa traviesa en los labios de él supo que no se equivocaba.

Volvió la cabeza hacia el pintor y asintió sonriente.

—Gracias, señor Malone, iré encantada.

Volvieron a su mesa, y un rato después Renee se excusó para ir al servicio. Estaba a punto de entrar en los aseos de señoras cuando oyó tras la puerta la voz de Pamela Hoover diciéndole a alguien:

—¿Puedes creerte que haya venido aquí con esa mujer?; ¿cómo se le habrá ocurrido?

Renee oyó risas, y luego otra mujer contestó:

—Sí, cuando los vi entrar no podía creérmelo.

—Ni yo —dijo Pamela—. Busqué con la mirada al abuelo de Tag para ver cuál era su reacción, pero según me han dicho no ha venido a la fiesta porque está fuera de la ciudad. Pondrá el grito en el cielo cuando se entere de que Tag está saliendo con una mujer negra. Esto va a dar que hablar, y si hay algo que Patrick Elliott deteste es que el nombre de su familia circule de boca en boca por rumores o escándalos.

Repugnada y dolida, Renee se apartó de la puerta lentamente. La verdad era que tampoco tenía tanta necesidad de ir al servicio, se dijo antes de volver a la fiesta.

No le llevó demasiado encontrar a Tag, que se había levantado y estaba charlando con su hermano y su primo Cullen.

Cuando Tag alzó la vista y sus ojos se encontraron, como si hubiera intuido su presencia. En ese momento Renee sintió que su corazón se henchía de amor por él, y de inmediato Pamela y sus hirientes palabras se borraron de su mente.

Lo vio excusarse, y con sus ojos azules fijos en los suyos, fue derecho hacia donde ella estaba, como si fuera la única persona en la sala que tenía toda su atención.

Cuando se detuvo frente a ella Renee no dijo nada, sino que se humedeció los labios con la lengua, segura de que aquel sensual y provocador gesto le transmitiría lo que quería decirle.

Tag comprendió de inmediato. Le rodeó la cintura con ambos brazos, se inclinó hacia ella y, sin importarle que la gente pudiera estar mirándolos la besó tiernamente en los labios.

—¿Nos vamos? —le susurró.

A Renee le encantaba estar entre sus brazos, apretada como estaba contra su cuerpo.

—Sí, vámonos.

Y sin decir una palabra más, la tomó de la mano y la condujo al ropero para recoger su abrigo y la capa de ella.

Renee apenas recordaría después el breve trayecto de vuelta a su casa en la limusina, pero de su memoria no se borraría jamás el suave chasquido de la puerta cerrándose detrás de ellos cuando entraron en su apartamento, ni cómo Tag había susurrado su nombre justo antes de atraerla hacia sí.

También atesoraría siempre en su corazón el cuidado con que la había alzado en brazos, la había llevado al dormitorio, depositado sobre la cama, y la había desvestido sin prisa.

Luego Tag había empezado a desvestirse mientras ella lo observaba, y a Renee le había encantado cómo se había bajado los pantalones y los calzoncillos, con una confianza apabullante en sí mismo, dejándola admirar con orgullo su cuerpo desnudo. Después se había subido a la cama con ella, se había arrodillado entre sus piernas abiertas, y había comenzado a explorar con la lengua la parte más íntima de su cuerpo.

Para cuando se irguió de nuevo, al cabo de unos minutos, Renee no había tenido un orgasmo, sino dos y por la mirada ardiente que Tag le dirigió supo que antes de que acabara la noche tenía intención de conseguir que tuviera un tercero y un cuarto.

—Si no tengo cuidado acabaré volviéndome adicta a ti —murmuró mientras él se ponía un preservativo antes de subirse a la cama de nuevo.

Tag le sonrió.

—Eso es justamente lo que quiero; quiero que no pienses más que en mí.

A pesar de que Renee nunca había sido una persona posesiva, ella también quería que Tag no pensara más que en ella. Quizá tuviera que ver con lo que le había oído decir a Pamela Hoover, pero por esa noche al menos quería que Tag fuese sólo suyo.

Le rodeó la cintura con las piernas, y comenzó a acariciarle el pecho, deteniéndose al llegar a los pezones endurecidos para masajearlos suavemente con las yemas de los dedos

—Renee… ¿qué estás haciendo? —inquirió Tag con la voz algo ronca por la excitación.

—Estoy intentando ver si soy capaz de hacer que tú pienses sólo

en mí también.

—Pues te aseguro… —masculló él con los dientes apretados—… que estás consiguiéndolo.

Renee se rió y cuando rodó sobre el costado llevándolo con él, Tag se encontró de pronto tumbado de espaldas y con ella sentada a horcajadas sobre él.

—Esta noche voy a darte todo lo que quieras —le susurró Renee —; todo lo que quieras.

Comenzó a subir y bajar sobre su miembro, y al cabo de unos minutos de auténtico frenesí sintió que alcanzaban el orgasmo a la vez. Gritó su nombre y se derrumbó sobre él, hundiendo el rostro en el hueco de su hombro.

Momentos después yacían cansados pero satisfechos el uno en brazos del otro, y mientras Renee escuchaba los latidos del corazón de Tag, con la cabeza sobre su pecho, se dio cuenta de que nunca se había entregado a un hombre como se había entregado a él.

Sintiéndose verdaderamente feliz por primera vez en mucho tiempo, Tag sonrió de pie junto a la cama mientras observaba a Renee, que seguía durmiendo.

Con un suspiro comenzó a vestirse sin dejar de mirarla. Nada le gustaría más en ese momento que meterse de nuevo en la cama para estar junto a Renee cuando se despertase, pero no podía. La edición especial de *Pulse* tenía que estar en los kioscos a la mañana siguiente y aún había mucho por hacer. En las siguientes cuarenta y ocho horas pasaría la mayor parte del tiempo en la oficina, porque aun cuando ya hubiese salido de la imprenta tendrían que responder a todos aquellos que sin duda cuestionarían la veracidad de lo publicado.

Pero todavía no estaba en la oficina, se dijo; todavía no quería ponerse a pensar en el trabajo. Bajó de nuevo la vista a Renee y por primera vez en su vida se permitió hacer algo que no había hecho nunca: soñar despierto. Trató de imaginar cómo sería hacer el amor con ella cada noche, despertar cada mañana con ella a su lado, pasar todo el tiempo que quisiera con ella.

De pronto sintió un nudo en la garganta al pensar que lo que no podría imaginarse, por mucho que lo intentara, sería una vida sin ella. Aquello le hizo fruncir el ceño. Antes de ese momento se había dado cuenta de que estaba encariñándose con ella, pero de repente

fue consciente de que su afecto era mucho más profundo; se había enamorado de Renee.

Al contrario de lo que habría esperado, aquella idea no le hizo sentirse incómodo, sino todo lo contrario. Fue como si el corazón le rebosara de amor, haciendo que una sensación cálida se extendiera por todo su cuerpo, y se encontró entonces imaginando otras cosas: se imaginó casándose con ella, convirtiéndola en la madre de sus hijos… compartiéndolo todo con ella.

Quería despertarla y decirle lo que sentía, pero no podía hacerlo. Aunque Renee se había comprometido a intentar darle una oportunidad a su relación, sabía que aún tenía muchas dudas, y antes de confesarle su amor quería demostrarle que lo suyo podía funcionar y que no había ninguna razón en el mundo por la que no pudieran estar juntos.

Cuando hubo acabado de vestirse se acercó a la cama y la besó en el cuello. No podía marcharse sin despedirse de ella.

—Me marcho ya, cariño.

Renee abrió lentamente los ojos y lo miró soñolienta.

—¿Cómo? La limusina…

—He llamado para pedir que me enviaran un coche de la empresa —le dijo, antes de inclinarse para besarla tierna pero apasionadamente.

Con sus labios aún sobre los de ella, apartó las sábanas, deslizó una mano bajo las rodillas de Renee, y la alzó en volandas para luego sentarse en el borde de la cama con ella sobre el regazo.

—La edición especial que vamos a sacar tiene que estar en la calle mañana —le dijo entre beso y beso—; por eso tengo que irme.

—Lo comprendo —murmuró ella.

—También tienes que saber que por desgracia también voy a estar ocupado durante los próximos dos días —añadió Tag con desgana—. Probablemente no podamos vernos otra vez hasta el viernes por la noche.

Renee subió una mano por su camisa y le puso derecha la pajarita del esmoquin.

—Lo entiendo, Tag, no pasa nada —le repitió de nuevo.

—Y también quiero que sepas que te voy a echar muchísimo de menos durante estos dos días —le dijo él.

Aprovechando que los labios de ella estaban ligeramente

entreabiertos, deslizó la lengua por entre ellos y la enredó con la suya en un nuevo beso que duró un buen rato. Cuando por fin despegaron sus labios el uno del otro Tag se levantó con un gemido quejumbroso y la depositó de nuevo sobre la cama.

—Si no me marcho, ya no me iré nunca —murmuró.

—Lo sé —le respondió ella en un susurro, pasándose la lengua por los labios.

Aquello fue demasiado para Tag, que sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón y marcó un número.

—¿Henry? Soy Tag. Contraorden: avise para no me manden el coche hasta dentro de un par de horas.

Luego colgó y empezó a quitarse de nuevo la ropa.

Capítulo Diez

Cuando Renee entró en el hospital esa mañana, tuvo la extraña sensación de estar siendo observada, de que todo el mundo estuviera mirándola, pero se dijo que debían ser sólo imaginaciones suyas.

Sin embargo, cuando pasó por delante del puesto de Vicki y vio cómo la seguía con la mirada, se detuvo y se volvió hacia ella.

—Está bien; me rindo. ¿Se puede saber qué pasa?

—¿No ha visto el periódico de hoy? —fue la respuesta de la secretaria, que le tendió un ejemplar que tenía doblado sobre la mesa.

Renee enarcó una ceja antes de tomarlo y desdoblarlo, y casi se le paró el corazón cuando vio que en la portada había dos fotografías de Tag y ella. En la primera estaban saliendo de la limusina al lugar donde se había celebrado la fiesta benéfica, y en la segunda Tag estaba besándola, justo antes de que se marcharan. Debajo, en grandes letras, había escrito: *¿Le han echado el lazo por fin a Teagan Elliott?*

Renee tragó saliva. No había querido que su relación con Tag fuese expuesta al mundo de esa manera, sobre todo cuando era aún tan frágil.

—Y creo que debo advertirla de que Diane Carter ha llamado tres veces esta mañana. Le he dicho que iba a llegar tarde, que probablemente no vendría antes de las diez, así que prepárese porque seguro que volverá a llamar… o peor aún: subirá aquí a la primera oportunidad que se le presente.

—Gracias por el aviso, Vicki.

Renee iba ya a entrar en su despacho cuando la secretaria le preguntó:

—¿Lo pasó bien anoche?

Renee se volvió y la miró. Había una expresión sincera de interés y preocupación en su rostro, no de censura.

—Sí, Vicki, muy bien.

La secretaria sonrió.

—Me alegro. Es usted una mujer joven y guapa, señorita Williams. Debería salir más a menudo.

—¿Y qué piensas de lo del periódico? —inquirió Renee.

Vicki se encogió de hombros.

—Bueno, a mí me parece que Teagan Elliott es un hombre muy agradable —le contestó—. No se preocupe por lo que puedan pensar los demás; yo creo que hacen una pareja preciosa.

Renee sonrió y se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento mientras esperaba una respuesta de su secretaria.

Si había algo que tenía claro era que Vicki era una persona sincera y directa.

—Gracias —le dijo.

Luego giró sobre los talones, entró en su despacho, y cerró la puerta tras ella.

Después de la hora del almuerzo, Diane entró como un terremoto en el despacho de Renee.

—Vicki no estaba en su puesto, así que he entrado sin pasar. Quería haber venido esta mañana temprano cuando vi el periódico, pero tú no habías llegado y no he tenido un rato libre hasta ahora —le dijo—. ¿En qué estabas pensando cuando aceptaste acompañar a Teagan Elliott a esa fiesta? Perdona que te lo diga, pero me parece que alguien tiene que decirte que has perdido el norte.

Aquello era lo que le faltaba por oír. Renee se echó hacia atrás en su asiento y se cruzó de brazos.

—Perdona, ¿cómo dices?

Diane puso los ojos en blanco y resopló.

—Venga, Renee, baja de las nubes. Los hombres como Teagan Elliott no se mezclan con gente como tú y como yo. No estamos a su nivel y, además, en tu caso se da otra circunstancia que también… en fin…

—¿Te refieres al hecho de que soy negra? —dijo Renee, a quien estaba empezando a hervirle la sangre.

—Bueno, sí. Yo no quería decirlo con tanta brusquedad —

contestó Diane, sonriendo a Renee como si ésta fuera un cachorro abandonado—, pero sí, es otra cosa que os diferencia. Probablemente para él sólo eres la novedad del momento, una mujer guapa con un punto exótico. Lo que quiero decir es que no deberías hacerte esperanzas, porque podrías acabar con el corazón roto.

—Gracias por el consejo, Diane, pero ya soy mayorcita y sé cuidar de mí misma —le espetó Renee.

La falsa sonrisa se borró de los labios de la otra mujer, pero Renee la ignoró por completo y alargó el brazo para tomar unos papeles del extremo más alejado de su mesa, esperando que captara la indirecta y se fuera.

—Confío en que así sea, porque si no cuando su interés por ti se desvanezca y te deje tirada como si fueras un trapo viejo lo pasarás bastante mal. Yo que tú pensaría en ello.

Y sin decir nada más se dio la vuelta y salió de su despacho.

Asomada a la ventana de su despacho, Renee observaba pensativa el bullicio de la calle. La hora del almuerzo ya había pasado, pero las aceras estaban aún muy concurridas.

Ella había decidido tomarse un sándwich allí sola para no tener que soportar las miradas y los cuchicheos de la gente en la cafetería.

Había varias razones por las que desde un principio no había querido enamorarse de Tag, y aquélla era una de ellas, se dijo con un suspiro. Odiaba ser el centro de atención, que en el trabajo la gente hablase de ella. Era como volver a pasar otra vez por la humillación que había sufrido por culpa de Dionne.

No era el mismo caso, pero igualmente le molestaba ser el tema de todas las conversaciones en el hospital.

Cuando oyó sonar el teléfono se puso tensa y rogó que no fuera Tag. No la había llamado aún, y se preguntaba si habría visto las fotos.

Fue hasta el escritorio y apretó el botón del interfono.

—¿Qué hay, Vicki?

—La señorita Elliott por la línea uno.

Renee enarcó una ceja.

—¿La señorita Elliott?

—Sí, eso he dicho; la señorita Bridget Elliott.

Renee tragó saliva. Los hermanos de Tag se habían mostrado muy amables con ella la noche anterior en la fiesta, pero si habían visto aquellas fotografías era probable que no estuviesen muy contentos por cómo podría dañar aquello a la imagen de su familia.

—Pásame con ella.

Renee inspiró nerviosa, pero la hermana de Tag únicamente le preguntó cómo estaba, le dio de nuevo las gracias por todo lo que estaba haciendo por su madre, y luego, para su sorpresa, le dijo de repente:

—Me estaba preguntando si querrías almorzar conmigo mañana.

—¿Almorzar… contigo?

—Sí, eso he dicho. Podríamos ir a algún sitio que esté cerca del hospital para que no tengas que desplazarte, porque imagino que estarás muy ocupada. ¿Qué te parecería si fuéramos a Carmine's, ese restaurante italiano de Broadway? Podríamos quedar sobre las doce.

Renee tomó su agenda para comprobar si estaría libre.

—Eh… sí, de acuerdo, a las doce me va bien.

Momentos después, una vez hubo colgado, se dejó caer en su silla, algo aturdida. ¿La habría invitado Bridget a almorzar para decirle en persona que desaprobaba su relación con Tag? No creía que pudiese soportar más críticas.

Tag escrutó con ojo crítico la portada de la edición especial de *Pulse* que tenía en sus manos. En ella se veía una fotografía de perfil del senador Denton, y debajo con grandes letras en negrita figuraba el siguiente titular: *¿Qué oculta el senador?*

Se pasó una mano por el rostro. Habían conseguido pruebas irrefutables de que un guarda militar destinado en la prisión de Abu Ghraib, en Irak, le había mandado al senador una carta refiriéndole varios casos de maltrato de presos y que incluso había adjuntado fotografías. Éste no sólo no había hecho nada al respecto, sino que incluso había ordenado que lo enviaran a otro destino, en una zona conflictiva, donde había muerto a los pocos días a causa de un tiroteo.

El caso era que aunque los maltratos a los presos iraquíes habían acabado saliendo a la luz, nadie sabía lo que había hecho el senador Denton. Por eso había dejado su cargo; antes de que se descubriera la verdad.

Por suerte para ellos, su sobrina había oído cómo le ordenaba a su secretario que destruyera aquellas pruebas y, movida por la curiosidad, había entrado un día a hurtadillas en su despacho, había leído la carta y visto las fotografías.

Horrorizada, no había podido seguir guardando silencio respecto a aquello cuando Marlene había intentado sonsacarle. Después de todo, le había dicho, aunque fuese su tío, lo que había hecho era imperdonable, y por su causa había muerto un hombre recto e inocente.

Tag le echó un vistazo a su reloj de pulsera. Eran casi las diez de la noche y llevaba en la oficina desde las nueve de la mañana, después de haberse obligado a abandonar el cálido lecho de Renee y volver a su apartamento para darse una ducha y cambiarse.

Se echó hacia atrás en la silla con un suspiro, arrojó la revista sobre la mesa y tomó el periódico del día que Gannon le había llevado cuando había llegado a la oficina. Tag había sonreído al ver las fotografías de Renee y de él, pensando en que hacían muy buena pareja, pero también se había quedado un poco preocupado por cómo se lo tomaría Renee. ¿Las habría visto? Había querido llamarla, pero no había encontrado el momento con lo ajetreado que había sido el día.

Probablemente ya era tarde para llamarla, se dijo. Al día siguiente, cuando se levantase, lo primero que haría sería llamarla. Necesitaba escuchar su voz y oír de sus labios que aquel asunto de las fotos no le había molestado.

Cuando el maître condujo a Renee a la mesa que Bridget había reservado, la sorprendió encontrarse con que también estaban allí las primas gemelas de ésta, Summer y Scarlet. Las había conocido en la fiesta del Día de San Valentín, pero aun así no pudo evitar sentirse algo nerviosa.

Sin embargo, cuando se levantaron para saludarla no pudieron ser más amables con ella, y Renee se relajó un poco.

—Gracias por esta invitación —le dijo a Bridget con la primera sonrisa que había esbozado en todo el día.

Bridget sonrió también.

—Se suponía que sólo íbamos a estar nosotras dos, pero me encontré con Summer y Scarlet cuando iba a salir para acá y las invité a venir también. Espero que no te importe. Summer nos ha

dado un notición y teníamos que celebrarlo —le contestó—. John y ella se han comprometido —le dijo tomando la mano de su prima, sentada junto a ella, y levantándola para que viera el anillo de compromiso.

—¡Oh, felicidades! —exclamó Renee con una sonrisa sincera—. Me alegro mucho por vosotros.

Summer le devolvió la sonrisa.

—Gracias; John me lo pidió el día de San Valentín.

—¿Y ya habéis fijado una fecha para la boda? —le preguntó Renee.

No sabía si había sido sólo una impresión suya, pero le pareció que los hombros de Summer se tensaron un poco cuando le hizo aquella pregunta.

—No, todavía no —contestó ésta.

Un camarero se acercó para llevarles la carta y preguntarles qué iban a beber, y Renee aprovechó la interrupción para lanzar otra mirada furtiva a Summer. Para haber acabado de comprometerse con el hombre al que supuestamente amaba no parecía muy feliz precisamente.

Claro que no era asunto suyo, y además ella tenía sus propios problemas, se dijo preguntándose cuándo mencionaría Bridget las fotos que la prensa había publicado de su hermano y ella.

Sin embargo, una hora después iban ya por el postre y Bridget no había sacado a colación a Tag en ningún momento. En vez de eso le habló de cómo su madre parecía más animada y le hizo preguntas acerca del tratamiento con la quimioterapia.

Y cuando salieron del restaurante hizo algo que Renee nunca hubiera esperado: entrelazó su brazo con el de ella, le sonrió, y le susurró al oído:

—Por cierto, Tag y tú salisteis guapísimos en la portada del periódico de ayer. Se ve a mi hermano muy feliz, y creo que hacéis muy buena pareja.

Capítulo Once

Al día siguiente, cuando Renee entró en su apartamento tras volver del trabajo, no estaba de muy buen humor. Las miradas de la gente y el cuchicheo a sus espaldas habían sido peores aún que el día anterior, y en esas circunstancias no estaba segura de que fuese una buena idea salir esa noche con Tag. Había hablado con él por teléfono, pero había sido sólo un par de minutos porque alguien lo había interrumpido y había tenido que colgarle.

Se había pasado todo el día tan preocupada por lo que la gente estaría diciendo o pensando de ella que apenas había sido capaz de concentrarse en el trabajo. No estaba segura de poder luchar contra eso, y estaba empezando a preguntarse si las diferencias entre Tag y ella no dificultarían siempre su relación.

Miró su reloj de pulsera. Tag le había dicho que iría a recogerla a las siete, y conociéndolo sabía que sería puntual, así que si iba a anular su cita tendría que hacerlo ya.

Pensando que probablemente todavía estuviera en la oficina, tomó el teléfono inalámbrico y marcó el número de su despacho. Fue su secretaria quien contestó.

—Despacho de Teagan Elliott; ¿en qué puedo ayudarle?

—Em… Hola. ¿Podría hablar con el señor Elliott?

—En este momento está en una reunión; lo siento. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

—Sí, por favor, dígale que lo ha llamado Renee Williams y que…

—Oh, discúlpeme. El señor Elliott me dijo que lo pasara con él si llamaba. Un momento, por favor.

Renee se apoyó en el borde de la encimera de la cocina y unos segundos después oyó la voz de Tag al otro lado de la línea.

—¿Renee?

Renee cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Dios, el sólo oírle pronunciar su nombre la hacía estremecerse por dentro. ¿Por qué?, ¿por qué tenía ese efecto sobre ella?

Quizá Diane tuviera razón y la atracción que sentía hacia él le estuviera nublando la razón. ¿Y si como había dicho sólo era una novedad para Tag? ¿Y si un día acababa perdiendo interés para él?

No, estaba siendo injusta con él; Tag no le había dado motivo alguno para pensar que pudiera ser un hombre inconstante en sus afectos. Claro que… aun en el caso de que verdaderamente significara algo para él… ¿iría en contra de los deseos de su familia si no quisiesen que entrara a formar parte de ella?

—¿Renee?

Ella inspiró profundamente.

—Sí, sigo aquí —murmuró—. Te llamaba para decirte que no creo que sea una buena idea que salgamos esta noche. De hecho… de hecho creo que deberíamos dejar pasar un poco de tiempo para que se tranquilicen las cosas.

—¿De qué estás hablando, Renee?, ¿qué ha pasado?

—No ha pasado nada, Tag. Es sólo que… es sólo que no puedo soportar esto: la gente hablando a mis espaldas, las miradas… —balbució—. Mira, sé que ahora estás ocupado, así que mejor te dejo. Adiós.

Colgó el teléfono y se rodeó el cuerpo con los brazos, diciéndose que no podía derrumbarse, pero las lágrimas estaban rodándole ya por las mejillas.

Tag se quedó mirando el teléfono en su mano, intentando comprender qué había pasado. Aquello tenía que estar relacionado con las fotografías que el periódico había publicado de ellos dos hacía unos días.

—¿Todo bien, Tag?

Tag alzó el rostro y, al ver la mirada preocupada en el rostro de su hermano, salió de su aturdimiento y colgó el teléfono antes de ir hasta el perchero para agarrar su abrigo.

—No, nada está bien —masculló mientras se lo ponía—. Era Renee, y otra vez está teniendo dudas acerca de nuestra relación.

La noche anterior los dos hermanos se habían quedado hasta tarde en la oficina, y Tag le había confesado que estaban saliendo y

que estaba enamorado de ella.

—Pues yo diría que deberías quitarle esas dudas de una vez por todas o acabarán volviendo una y otra vez.

Tag exhaló un suspiro cansado.

—¿Y cómo quieres que haga eso cuando siempre está preocupada por lo que pueda pensar la gente?

—Tendrás que convencerla de que eso no debe importarle. Si de verdad la quieres, tendrás que hallar la manera de demostrárselo.

Tag asintió en silencio.

—Siento marcharme en este momento, con todo el trabajo que hay por hacer, pero necesito ir a verla y hablar con ella.

Gannon sonrió.

—Por el trabajo no te preocupes; ve y haz lo que tengas que hacer para conseguir el corazón de la dama.

Tag se sintió profundamente agradecido por el apoyo de su hermano.

—Si me necesitáis para algo llámame al móvil —le dijo mientras salía por la puerta—. Hasta luego.

Cuando Renee oyó el timbre de la puerta dio un respingo. Debía haber imaginado que Tag iría a hablar con ella después de cómo le había colgado. Se levantó, se secó las lágrimas, y trató de recobrar la compostura y la serenidad, aunque sabía que Tag sabría que había estado llorando cuando viera sus ojos enrojecidos.

Cuando abrió la puerta en un primer momento sólo se quedó mirándola, muy serio, pero no dijo nada.

—¿Puedo pasar? —le preguntó finalmente.

En vez de contestar, Renee soltó el picaporte y dio un paso atrás, apartándose de la puerta.

Tag entró y cerró tras él.

—Tenemos que hablar, Renee —le dijo en un tono quedo, levantándole la barbilla para mirarla a los ojos.

Renee estaba intentando no llorar, pero las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos ante aquel inesperado gesto de ternura.

—No hay nada que decir, Tag —respondió ella—. Lo hemos intentado y no ha funcionado; eso es todo.

—No, tú te has rendido demasiado pronto.

Renee sintió una punzada en el pecho al oír aquella acusación.

—Lamento que pienses eso, pero en el hospital todo el mundo

habla de nosotros y no me gusta ser el tema de conversación en mi entorno laboral. Probablemente incluso estén haciendo apuestas, como la última vez.

—Me da igual lo que la gente… —de pronto Tag se quedó callado y enarcó una ceja—. ¿Qué has querido decir con que probablemente estén haciendo apuestas como la última vez?

Renee se mordió el labio inferior, irritada consigo misma porque se le hubiera escapado ese comentario.

—Nada; olvídalo.

Tag la miró fijamente.

—No quiero olvidarme; quiero saber qué querías decir con eso.

Renee bajó la vista. Quizá debiera contarle lo que le había hecho Dionne y por qué se había dejado Atlanta. Sólo entonces comprendería por qué le molestaba tanto verse envuelta en un escándalo.

—Tienes razón; deberíamos hablar de esto —le dijo—, pero creo que será mejor que nos sentemos.

Pasaron al salón, y Renee se sentó en un sofá y Tag en otro frente a ella.

—Antes de venir aquí a Nueva York trabajaba en un hospital en Atlanta —comenzó a explicarle ella—. Estuve saliendo con un médico llamado Dionne durante casi un año hasta que descubrí que estaba engañándome con una enfermera del turno de noche. Ella no sabía que yo estaba saliendo con Dionne, y yo no sabía que Dionne estaba engañándome con ella, pero algunos médicos sí estaban enterados. Hicieron apuestas sobre cuándo lo descubriría yo. Cuando me enteré rompí con Dionne, pero lo que no esperaba era que la gente empezara a cuchichear cada vez que se cruzaban conmigo en el pasillo, ni que me miraran con lástima. Me sentí completamente humillada. Por eso me marché de Atlanta. Cuando llegué aquí me prometí que nunca dejaría que volviera a pasarme algo semejante, pero de pronto ha vuelto a suceder; es como una pesadilla.

Tag se quedó mirándola en silencio durante un buen rato, antes de volver a hablar.

—Siento lo que te hizo ese hombre, Renee, pero yo no soy él —le respondió quedamente—. No estoy saliendo con nadie más que contigo.

Renee exhaló un suspiro.

—Ése no es el motivo por el que la gente está hablando de nosotros y tú lo sabes, Tag.

—Muy bien; discutamos entonces de lo que la gente dice sobre nosotros.

—No —contestó ella apretando los puños sobre el regazo en un gesto de frustración—. Ya hemos hablado de eso, infinidad de veces, pero tú eres incapaz de aceptar que yo no me siento cómoda con esta situación.

Tag se inclinó hacia delante y la miró a los ojos.

—Entonces, para empezar, quizá deberíamos hablar de por qué te sientes incómoda —le respondió calmadamente—, de por qué eres incapaz de olvidarte del color de mi piel y de mi cuenta bancada. Y antes de que me contestes quiero que sepas lo que siento por ti, Renee. Te quiero. Creo que me enamoré de ti el mismo día en que nos vimos por primera vez, cuando fui a verte a tu despacho. Quiero tener un futuro contigo; un futuro feliz.

Su declaración hizo que Renee no pudiera contener más las lágrimas, y éstas comenzaron a rodar como un torrente por sus mejillas. Sin embargo, una vez más se esforzó por recobrar la compostura y se irguió en el asiento.

—Yo también te quiero, Tag —le dijo—, pero ese futuro del que has hablado es un imposible. Lo único que veo ante nosotros es un futuro lleno de tensión, todo el tiempo intentando demostrar nuestro amor al mundo, teniendo que defenderlo. Tendríamos que esforzarnos el doble que la mayoría de las parejas para preservarlo —añadió—. ¿Y qué pasaría si un día quisiéramos tener hijos? ¿Te haces una idea de lo que tendrían que pasar?

Tag se puso de pie, se sentó junto a ella y la tomó de la mano.

—¿Y qué si tenemos que superar unos obstáculos mayores que la mayoría de las parejas? Nos apoyaríamos en el amor que sentimos el uno por el otro. Y respecto al asunto de los hijos… estoy seguro de que si les damos todo ese amor crecerán sintiéndose orgullosos de lo que son y de quiénes son. Los tiempos han cambiado y siguen cambiando, Renee. Siempre habrá personas que se opongan a los matrimonios interraciales, pero también hay un número creciente de personas que ven esas uniones como el indicativo de lo que la vida debería ser en el futuro.

—Maldita sea, Tag, yo no puedo fiarme de cómo será o no el futuro. Lo único que cuenta para mí es el aquí y el ahora.

Una sombra de dolor e ira cruzó por los ojos azules de Tag.

—¿Estás diciéndome que no quieres estar a mi lado porque otras personas se niegan a aceptar que dos personas de razas distintas y círculos sociales distintos puedan enamorarse? ¿Me estás diciendo que estás dispuesta a renunciar a lo que hay entre nosotros por lo que otros puedan pensar? ¿Y qué pasa con lo que nosotros sentimos, Renee? ¿No es eso igualmente importante, o más?

—Sí, es importante, pero… —Renee sacudió la cabeza, llena de frustración, y lo miró implorante—. ¿Es que no comprendes que estoy intentando protegerte a ti también? En la fiesta oí a unas mujeres decir que tu abuelo nunca aprobaría tu relación conmigo, y yo no quiero causarte problemas con tu familia.

Tag la miró muy serio.

—Y yo te he dicho ya que me da igual lo que piense mi familia, que no necesito su aprobación; no te escudes en eso —le espetó antes de soltar su mano y ponerse de pie—. No sé qué más decirte, Renee. Lo único que te pido es que no te rindas, que nos mantengamos unidos. Y si alguien intenta decirnos que hay alguna razón por la que no podamos estar juntos, entonces lo miraremos a los ojos y le diremos que se vaya al infierno.

—Tag, no creo que…

—Pongamos nuestro amor a prueba —la interrumpió él—. Dentro de una semana se celebrará en la finca de mi familia la boda de mi hermano y el aniversario de mis abuelos. Me gustaría que vinieras conmigo, no para buscar la aprobación de mi familia, sino como dos personas que están muy enamoradas, que quieren pasar el resto de sus vidas juntos, y que están listos para anunciárselo al mundo entero.

Renee sacudió la cabeza con tristeza. Los ojos habían vuelto a llenársele de lágrimas.

—No puedo hacer eso, Tag; lo siento, pero no puedo.

Y antes de que él pudiera decir nada se fue corriendo a su dormitorio y cerró la puerta.

Capítulo Doce

Renee se dio la vuelta y miró a Debbie Massey, su mejor amiga, con el rostro manchado por las lágrimas y los ojos llenos de dolor.

—¿Qué quieres decir con eso de que estoy cometiendo un error?

Debbie suspiró y le tendió la toalla para que se secara la cara.

—Renee, tú me conoces y sabes que nunca he sido una persona de medias tintas. Me has preguntado mi opinión y yo te la he dado.

Debbie, que había estado fuera del país por trabajo, se había presentado en casa de Renee hacía aproximadamente una hora, y se la había encontrado llorando como una Magdalena.

Debbie la había llevado al cuarto de baño, le había hecho lavarse la cara, y luego le había pedido que le contase qué había ocurrido.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? —le espetó Renee—. Sabes tan bien como yo la cantidad de barreras con que nos encontraríamos si iniciáramos una relación. ¿Cómo puedes estar diciéndome que he cometido un error?

—Porque yo también cometí un error al romper con Alan el año pasado —le respondió Debbie—. No hice caso a mi corazón y desde aquel día no he dejado de arrepentirme.

Alan Harris era un compañero de trabajo de Debbie que tenía quince años más que ella. Preocupada por lo que otros pudieran decir respecto a que estuviese con un hombre mucho mayor que ella, Debbie había acabado rompiendo con él. De eso hacía ya un año, como ella había dicho, pero era la primera vez que Renee le oía admitir que se arrepentía de ello.

Antes de que pudiera decir nada su amiga siguió hablando.

—Llega un momento en tu vida en el que tienes que hacer lo que te haga feliz y no preocuparte por lo que puedan pensar los

demás —le dijo a Renee—. Tú me has dicho que estás enamorada de él y que él te ha dicho que también te ama.

Renee se sentó en el taburete del baño esforzándose por contener las nuevas lágrimas que afloraron a sus ojos.

—Pero… pero es que tú no te imaginas lo que fue que cuando salieron esas fotos en el periódico todo el mundo en el hospital cuchicheara por los pasillos y me mirara.

Debbie frunció el ceño.

—No empieces otra vez con eso, Renee. Ya va siendo hora de que dejes de preocuparte por lo que piense la gente. Hagas lo que hagas ellos seguirán pensando como piensan, así que… ¿qué sentido tiene que te preocupes?

Debbie apartó un mechón del rostro de su amiga.

—Claro que nada de esto que estoy diciéndote tiene sentido alguno si no quieres a Tag Elliott tanto como dices.

—Sí que lo quiero —replicó Renee con vehemencia—. Lo quiero con todo mi corazón.

—Pues entonces demuéstralo —le dijo su amiga—. La Renee a la que yo conozco siempre ha luchado por aquello que quería, por aquello en lo que creía. Tú y sólo tú puedes decidir tu destino, Renee.

Renee suspiró y, alzando la vista hacia su amiga, le preguntó:

—¿Y tú, Debbie?, ¿has decidido cuál será tu destino?

Su amiga sonrió.

—Creo que sí. Me encontré con Alan en Londres, y en el momento en que lo vi supe que seguía enamorada de él. Hemos estado hablando y he decidido que no voy a dejar que mis miedos rijan mi vida. Quizá tú deberías hacer lo mismo.

—Tag, ¿estás bien?

Tag levantó los ojos de su taza de café y vio que su hermano Gannon estaba mirándolo preocupado. Era sábado por la mañana y habían ido a la oficina para responder una llamada del gabinete del senador Denton. Les habían comunicado que el senador celebraría una rueda de prensa en su casa a mediodía, en la que reconocería que lo publicado era cierto y pediría perdón.

La tirada entera de la edición especial de la revista se había vendido, y ya estaban preparando una segunda.

Tanto su padre como su abuelo, que había regresado a la ciudad

esa mañana, los habían llamado para felicitarlos por el excelente trabajo que habían hecho, y la única nota triste del día era que Gannon había tenido que decirle a Peter que estaba despedido. Después del tiempo que llevaba trabajando con ellos había sido una decisión muy difícil de tomar, pero no les había quedado otro remedio.

—Sí, estoy bien —le contestó pasándose una mano por el rostro. La semana próxima era la boda de su hermano, y lo último que quería era que se preocupase por él—. ¿Y tú? ¿Nervioso por la boda? —le preguntó.

Gannon se rió.

—No, la verdad es que estoy deseando que llegue el día.

Tag asintió.

—¿Y sabéis por fin dónde vais de luna de miel?

—Sí, pero quiero que sea una sorpresa para Erika. Voy a llevarla a París.

—Vaya, pues sí que va a ser una sorpresa.

Gannon tomó un sorbo de su café y se quedó callado un momento antes de decirle:

—No te he preguntado cómo te fue anoche con Renee, pero tengo la sensación de que no fue como tú esperabas.

Tag no respondió.

—Deja que te dé un consejo —le dijo Gannon—: no te resignes a perderla sin luchar. Si la quieres tanto como dices, no puedes rendirte. Si te rindes estarás cometiendo el error más grande de tu vida.

Tag se pasó una mano por el cabello.

—No es que quiera rendirme, pero ya no sé qué más puedo hacer. Es ella la que se ha rendido. Renee sabe que la quiero —murmuró con un suspiro—. Tendrá que ser ella quien decida si merece la pena luchar por lo que tenemos.

El miércoles Renee todavía estaba intentando poner en orden su vida. Al menos en el trabajo las cosas se habían tranquilizado; Tag y ella habían dejado de ser el tema de conversación cuando *Pulse* había publicado aquel artículo sobre el senador Denton.

Entró en el ascensor para subir a la décima planta, donde iba a visitar a uno de sus pacientes, y exhaló un suspiro. Los acontecimientos de los últimos cinco días se repetían en su mente

una y otra vez como una película, al igual que la conversación que había tenido con Debbie, y además echaba muchísimo de menos a Tag. Pensaba en él todo el tiempo, en los buenos ratos que habían pasado juntos…

Después de hablar con Debbie había decidido que no podía dejar que lo que otros pensaran la llevara a perder lo mejor que le había pasado en la vida. Amaba a Tag y él la amaba a ella, y juntos podrían afrontar cualquier cosa.

Esbozó una sonrisa, sintiéndose algo mejor por esa firme determinación, y deseó que llegara pronto la noche, pues había planeado ir a ver a Tag y decirle lo que sentía.

Había llegado a la planta diez. Se bajó del ascensor, y justo estaba torciendo una esquina cuando oyó la voz de Diane.

—Sí, ha estado escondiéndose en su despacho todos estos días. Y no me extraña; ¡qué vergüenza debe estar pasando! Yo también estaría avergonzada si me hubiera lanzado a los brazos de Teagan Elliott como una ingenua. Tal vez al menos haya aprendido cuál es su lugar. ¡Y pensar que creyó que podría significar algo para un hombre blanco y además rico! ¡Qué estúpida!

Renee sintió que le hervía la sangre. Irguió los hombros y continuó caminando. Diane estaba de espaldas, pero la enfermera con la que estaba hablando vio aparecer a Renee y rápidamente se excusó y se marchó, dejándola sola.

—¿Diane? —la llamó Renee.

La mujer dio un respingo y se volvió sobresaltada.

—¿S-sí?

—¿Me harías un favor? —le preguntó Renee.

Diane se relajó, creyendo que no había oído su conversación, y tuvo la osadía de sonreír.

—Claro. ¿De qué se trata?

—Quiero que te vayas al infierno y te quedes allí —le dijo Renee.

Iba a irse ya cuando se le ocurrió que le faltaba algo por decirle:

—Oh, y lo único estúpido que he hecho en toda mi vida ha sido no aceptar la propuesta de matrimonio de Tag.

Satisfecha al ver el asombro en el rostro de la otra mujer Renee se giró sobre los talones y se alejó con la cabeza muy alta. No podía ir por ahí mandando al infierno a todo el mundo, pero mandar al

infierno a Diane la había hecho sentirse mejor que bien.

Tag se levantó del sofá y fue a apagar el televisor. Le daba igual que los Knicks estuviesen ganando el partido; lo único en lo que podía pensar en ese momento era en Renee.

Más de una vez se había preguntado si podría hacer alguna otra cosa para hacerle cambiar de opinión, para hacer que aceptase el amor que le ofrecía. La necesitaba a su lado como necesitaba el aire que respiraba, y el que se hubiese rendido sin luchar seguía doliéndole.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y pensó que probablemente se trataría de Liam, que había decidido pasarse por allí para verlo. Quería a su hermano, pero en ese momento no tenía ganas de compañía.

—Liam, no creo que… —comenzó a decir mientras abría.

Sin embargo, el resto de las palabras no llegaron a cruzar sus labios cuando vio que quien había allí de pie no era Liam, sino Renee.

—Hola —murmuró ella con una sonrisa vacilante—. ¿Puedo pasar?

Una parte de él se sentía tan feliz de verla que habría querido abrazarla contra su pecho, pero sabía que no podía. No estaba seguro de cuál era el motivo que la había llevado allí, pero no podía hacer como si no hubiese pasado nada.

—Claro; adelante —le respondió dando un paso atrás para dejarla pasar. Renee entró y él cerró la puerta—. ¿Me das tu abrigo?

—Gracias —respondió ella quitándoselo antes de tendérselo.

—¿Quieres algo de beber?

—No, gracias, no tengo sed.

Tag asintió y fue a colgar el abrigo. La tensión se mascaba en el ambiente, y se preguntó si Renee estaría tan nerviosa como él.

—Me alegra volver a verte, Renee —le dijo cuando volvió junto a ella.

—Gracias; yo también me alegro de volver a verte a ti —murmuró—. ¿Podríamos hablar?

Tag asintió de nuevo.

—Pasemos al salón.

Cuando se hubieron sentado, sin embargo, Renee permaneció callada.

—No sé por dónde empezar —dijo finalmente.

—Pues yo diría que sólo hay un sitio por dónde empezar —le respondió él calmadamente—, y es que me digas si de verdad sientes por mí lo que me dijiste el viernes por la noche.

Tag le había hablado con tal ternura que Renee sintió que el labio inferior le temblaba y que se le había hecho un nudo en la garganta. ¿Cómo podría no amar a aquel hombre?

—Sí, Tag; lo dije muy en serio. Te quiero y siempre te querré, y ésa es la razón por la que estoy aquí —le contestó—. He estado pensando en todo lo que me dijiste, y he tomado una decisión.

—Te escucho —la instó él cuando permaneció callada.

Renee lo miró a los ojos.

—Si todavía me quieres estoy dispuesta a hacer lo que sea para que podamos tener un futuro juntos, Tag. Ya no me importa lo que digan o puedan decir los demás; lo único que me importa es lo que me dice el corazón, y ahora mismo me está diciendo que tú eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida, y que te necesito.

Fue junto a él y lo tomó de ambas manos para hacer que se levantara. Tag se puso de pie y la miró en silencio.

—Sé que las cosas no siempre serán fáciles, que habrá quienes no aprueben el que estemos juntos, pero mientras nos tengamos el uno al otro no me importará lo que diga o piense la gente. Nuestro amor es lo bastante fuerte como para superar los obstáculos que puedan surgir en nuestro camino; estoy convencida de ello —añadió Renee—. Quiero casarme contigo, Tag… si es que tú aún lo quieres, y también tener hijos contigo, lo quiero todo.

Tag sonrió y suspiró aliviado antes de abrazarla.

—Gracias por darnos una oportunidad, Renee, por no rendirte. Y sí, todavía quiero casarme contigo. Yo…

Renee no lo dejó seguir hablando. Apretó sus labios contra los de él y él respondió afanoso, atrayéndola más hacia sí.

Renee gimió cuando el beso se volvió más apasionado, y le rodeó el cuello con los brazos.

—Quiero hacerte el amor —le susurró Tag.

Renee se imaginó en la cama desnuda con él, y se dijo que no habría mejor modo de sellar el compromiso de amor entre ellos que fundirse en uno.

—Yo también quiero hacerlo —le respondió.

Tag la alzó en volandas y la llevó al dormitorio.

Bastante después yacían el uno en brazos del otro, satisfechos y dichosos.

—Renee —le dijo él en un tono quedo—, mírame a los ojos y dime lo que ves.

Renee tomó su cara entre ambas manos y escrutó con amor su atractivo rostro y sus ojos azules.

—Veo a un hombre que es mi alma gemela, todas mis fantasías hechas realidad. Veo al hombre al que amo y junto al que quiero pasar el resto de mi vida. Veo al que será el padre de mis hijos —le contestó ella—. Y me siento tan feliz que casi no me atrevo a creer que esto esté ocurriendo —murmuró sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Tag besó sus párpados y luego su mano.

—Pues créelo, amor mío; esto es sólo el comienzo de nuestra vida juntos.

Epílogo

—Me alegra que hayas venido —le dijo la madre de Teagan a Renee, tomando su mano entre las suyas con una sonrisa.

Renee le devolvió la sonrisa.

—Gracias. Y gracias por invitarme a la boda de su hijo.

La ceremonia había sido muy hermosa, y a Renee incluso se le había saltado alguna lagrimilla de emoción al ver el amor con el que se habían mirado Gannon y Erika al pronunciar sus votos nupciales.

Alzó la vista hacia Tag, y éste le sonrió y le apretó la mano suavemente. Habían decidido casarse al año siguiente, por San Valentín, pero habían acordado darle la noticia únicamente a los padres y los abuelos de él para no quitarles protagonismo a Gannon y Erika en su día.

Cuando regresaran de su luna de miel se lo dirían al resto de la familia y a ellos.

—¿Adónde han ido papá y el abuelo? —le preguntó Tag a su madre.

Karen Elliott miró en derredor.

—Probablemente estén en la biblioteca. ¿Por qué?

—Porque hay algo que quiero decirles… y necesito que la abuela y tú estéis presentes también.

Su madre sonrió.

—Está bien. Iré a buscar a tu abuela y nos reuniremos en la biblioteca con vosotros.

Cuando su madre se hubo alejado, Tag se volvió hacia Renee.

—¿Estás bien? —le preguntó levantándole la barbilla para mirarla a los ojos.

Ella esbozó una sonrisa nerviosa.

—¿Cómo podría no estarlo? Estoy enamorada de un hombre maravilloso que me ama también.

—Con toda mi alma —le susurró Tag llevándose la mano de ella a los labios para besarla—. Ven, vamos a felicitar a mi hermano y a Erika por si acaso no podemos hacerlo luego.

Renee inspiró profundamente y asintió. Tag le había dicho que si su abuelo ponía alguna objeción a su boda se marcharían, y lo cierto era que Renee no estaba muy segura de que el patriarca de los Elliott fuese a darles su bendición.

No le había pasado desapercibido el modo en que la había mirado cuando había llegado con Tag. Su abuela, Maeve, se había mostrado muy amable y correcta con ella, pero Patrick Elliott había estado bastante tirante.

Tag sin duda había tenido la misma sensación porque le había rodeado la cintura con el brazo en un gesto protector, como para dejarle bien claro a su abuelo que no estaba buscando ni necesitaba su aprobación.

Cuando llegaron a la biblioteca, unos minutos después, ya estaban allí Maeve y Karen.

—Creo que querías hablar con nosotros, Tag —le dijo a éste su abuelo con el semblante muy serio.

—Sí, tengo algo que anunciaros —respondió Tag sin soltar la mano de Renee, antes de cerrar la puerta tras ellos.

Sus padres, sentados en el sofá junto al reloj de pie, lo miraron expectantes, igual que su abuela, acomodada en un sillón a escasos metros de su marido, que estaba de pie frente a la chimenea.

—Bueno, ¿y qué es eso que tienes que anunciarnos? —lo instó el patriarca de la familia.

Tag miró a Renee a los ojos y le sonrió antes de volver la cabeza de nuevo hacia sus padres y sus abuelos.

—Que estoy enamorado de Renee y vamos a casarnos. Hemos pensado celebrar la boda el día de San Valentín del año próximo.

Los padres de Tag y su abuela se levantaron al instante para ir a abrazarlos y a darles la enhorabuena con una enorme sonrisa.

Patrick Elliott sin embargo se quedó donde estaba, mirándolos con expresión ceñuda.

—¿Casaros? —repitió finalmente con voz grave—. ¿Estáis seguros de que eso es lo que queréis?

Tag entrelazó sus dedos con los de Renee y le apretó la mano.

—Sí, lo estamos —respondió con firmeza, mirando a su abuelo a los ojos.

Era evidente que el patriarca de la familia no estaba precisamente entusiasmado con la noticia, pero también que Tag no estaba dispuesto a dejar que influyese en la decisión que había tomado.

—Hemos pensado que se lo comunicaremos al resto de la familia cuando Gannon y Erika vuelvan de su viaje de luna de miel, pero queríamos que vosotros lo supierais primero.

La abuela de Tag, conciliadora como siempre, fue hasta donde estaba su marido y, entrelazando su brazo con el de él, le dijo:

—Patrick, hoy es nuestro aniversario, uno de nuestros nietos se ha casado, y otro acaba de anunciarnos su compromiso con una joven que no sólo es hermosa sino que además tiene un gran corazón. ¿No te parece que tenemos muchos motivos para sentirnos felices?

Patrick Elliott alzó la vista hacia su esposa Maeve, la mujer a la que amaba más que a nada en el mundo y una de las pocas personas que se atrevían a llevarle la contraria. Vaciló un instante, como contrariado, pero luego le besó la mano y respondió:

—Tienes razón, querida, hoy es un día muy especial.

Después se acercó a Tag y Renee.

—Os deseo lo mejor —les dijo antes de estrecharle la mano a su nieto y darle un abrazo a ella—. Bienvenida a la familia, Renee —añadió en un tono algo brusco—. Espero que seáis muy dichosos y que nos deis bisnietos muy pronto, mientras Maeve y yo todavía podamos disfrutarlos.

Esa noche Renee yacía en los brazos de Tag, las piernas de ambos entrelazadas, después de que hubieran hecho el amor.

Exhaló un suspiro de dicha y apretó su mejilla contra el pecho de él.

—¿Estás segura de que quieres que esperemos hasta febrero del año que viene para casarnos? —le preguntó Tag mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja—. Es mucho tiempo.

Renee sonrió y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—No, yo creo que es lo mejor. Para esa fecha ya habrá terminado la «batalla campal» entre vosotros y estará decidido

quién sucederá a tu abuelo. Así todo el mundo estará relajado.

Tag asintió.

—¿Te gustaría que nos casáramos en la finca, igual que mi hermano y Erika?

Renee sonrió ilusionada. Nada le gustaría más; se había quedado prendada de la hermosa casa de los abuelos de Tag.

—Me parece una idea maravillosa —murmuró antes de besarlo en los labios—. Y por supuesto dejaremos que tu madre se encargue de todos los preparativos.

Tag se rió suavemente.

—Por supuesto.

—Aunque me temo que a tu abuelo sigue sin hacerle mucha gracia que nos casemos —añadió ella bajando la vista.

Tag le alzó la barbilla para que lo mirara.

—Puede, pero ése es su problema, no el nuestro —le dijo con firmeza—. Quiero pensar que para cuando llegue febrero habrá aceptado nuestra relación, pero si no es así no voy a dejar que sus prejuicios me hagan cambiar de opinión, te lo aseguro. Nada ni nadie va a impedir que nos casemos.

Renee sonrió.

—Te quiero, Tag —murmuró contra sus labios.

—Y yo a ti, Renee; con toda mi alma —le susurró él, sellando sus palabras con un beso.

Nada ni nadie los separaría… porque sus corazones ya eran uno solo.